

# FRANCISCO COLOANE

## CUENTOS

### Cabo de Hornos

Las costas occidentales de la Tierra del Fuego se desgranán en numerosas islas, entre las cuales culebrean canales misteriosos que van a perderse allá en el fin del mundo, en "La Sepultura del Diablo".

Los marinos de todas las latitudes aseguran que allí, a una milla de ese trágico promontorio que apadrina el duelo constante de los dos océanos más grandes del mundo, en el cabo de Hornos, el diablo está fondeado con un par de toneladas de cadenas, que él arrastra, haciendo crujir sus grilletes en el fondo del mar en las noches tempestuosas y horrendas, cuando las aguas y las oscuras sombras parecen subir y bajar del cielo a esos abismos.

Hasta hace pocos años, sólo se aventuraban por esas regiones audaces nutrieros y cazadores de lobos, gentes de distintas razas, hombres corajudos que tenían el corazón nada más que como otro puño cerrado.

Algunos de estos hombres han quedado engarzados para toda la vida en esas islas. Otros, desconocidos, acorralados por el látigo del hambre que parece arrearlos de oriente a occidente, llegan de tarde en tarde a esas tierras inhospitalarias, donde pronto el viento y la nieve les machetea el alma, dejándoles sólo los filos con dureza de carámbano.

Al final de los canales existe un lugar de tenebroso renombre: el presidio de Ushuaia. De las sangrientas evasiones de presidiarios también han quedado regados por las islas, entre los indios a veces, hombres que han conquistado su libertad a tiro limpio y que no podrán asomar la cabeza por donde haya una luz de justicia.

Nada debe extrañar al hombre de esas tierras: que un barquichuelo se haga a la mar con cuatro marineros y regrese con tres; que un cúter haya desaparecido con toda su tripulación, etc. Nada debe extrañarle cuando las pieles y el oro son repartidos proporcionalmente entre los tripulantes. . .

Al final de esos canales, cercana al cabo de Hornos, está situada la isla Sunstar.

Los dos únicos habitantes de la isla, Jackie y Peter, están sentados en el umbral del rancho en un inacabable anochecer de diciembre. El rancho es una construcción de

dos piezas formadas con troncos rústicos, sobre cuyo techo los líquenes y musgos verde-amarillentos crecen como una tiesa sonrisa de esa naturaleza agreste hacia el cielo que, cargado de desgracias, deja caer sus nieves durante la mayor parte del año.

Los cazadores dicen que son hermanos, pero nadie sabe nada; ellos nunca lo han manifestado, como que no abren la boca sino para la violencia y para engullir.

Jackie tiene la faz impersonal y vaga de un recién nacido; de regular estatura, con un chispeante reflejo en los ojos sumidos en párpados sin pestañas, enrojecidos y tumefactos, parece a veces un gran feto o una foca rubia.

Peter es más interesante con sus rasgos de zorro, de felino hipócrita y cansado. A primera vista tiene una actitud apacible, pero en la cabeza de estopa asoleada hay unos mechones turbios, más oscuros, que advierten, sin saberse por qué, de algo sórdido y agresivo que se esconde en esa aparente mansedumbre.

Comentan que tienen algunas libras esterlinas guardadas y que están juntando más para irse a sus tierras... ¿A qué tierras? ¿De dónde han venido? . . .

Nadie sabe el origen de muchos hombres de esos lugares, nadie sabe a dónde van a ir a parar; si parecen emergidos de la tierra misma, de esas aguas raras y perdidas en el extremo del orbe.

Hablan una mezcla de español e inglés gutural. Su trato con los indios y la soledad les han hecho perder el don de hilvanar pensamientos y frases largas. Son entrecortados en su decir y difíciles de entender para los hombres un poco más civilizados que bajan desde Magallanes a buscar las codiciadas pieles.

Después de haber comido un poco de pescado se han sentado en la puerta, a descansar, en medio de la tarde que va cayendo con los más extraños reflejos del crepúsculo austral.

Al frente, las aguas del canal están tranquilas y profundas; en el fondo de las ensenadas, circundadas de robles, tienen un color más oscuro y parecen vagar sobre la tersa superficie vahos de negruras inquietantes.

El silencio es completo, estático y frío.

Jackie lanza un bostezo desde sus quijadas de foca, apoya la cabeza en la mano y mira una nevada montaña, a lo lejos, por detener los ojos en algo, más que por un lejano instinto hacia la belleza.

De pronto hace un movimiento inquieto y para la oreja en dirección a un ruido que advierte venir de la playa cercana. Primero es un chapoteo como el de una nutria que sale del mar trepando por los acantilados; después es un suave y tierno despegar de remos en el agua.

Por costumbre de cazador va a buscar un Winchester al interior de la choza y aguarda en medio de la puerta. Peter también se ha levantado en actitud de espera.

Al cabo de un rato, el mojado ruido cesa, y a poco se oye un abrir de malezas en el robledal que circunda, en parte, al rancho, y, ya no les cabe duda, alguien avanza entre los robles bajos y tupidos.

Entre hombre y hombre, nadie allí usa armas; Jackie, con desgano, deja el rifle detrás de la puerta.

Nadie usa armas, porque un cartucho vale una piel de lobo o de nutria; y cuando alguien quiere evitar el molesto reparto de los cueros, se elimina al socio abandonándolo en un peñasco solitario en medio del mar o basta con un pequeño empujón junto a la borda del celoso cúter, en una noche tranquila, mientras se navega.

Una mancha parda apareció entre el verde del ramaje, y un hombre echado hacia adelante, con la ropa desgarrada y empapada, avanzó al pequeño claro de pampa, como un animal apaleado surgido de una charca.

Los hermanos se miraron; el hombre se detuvo a unos pasos de ellos: alto, magro y noble a pesar de que en él todo estaba desvalido; renegridos los poblados bigotes y la barba. Levantó la cabeza, y con una extraña mirada de súplica, como si todo él se hubiera azotado contra el suelo, dijo:

—¡Un poco de comida!... ¡Vengo arrancando de Ushuaia! . . .

La voz salió rara, como si en todos los días de peripecias no la hubiera usado y ahora no tuviera timbre.

Peter, el de los mechones oscuros en la cabellera de lampazo, movió la cabeza negativamente y, con la mano levantada indicando el camino por donde el hombre había llegado, dijo tropezando en las palabras

—¡Vamos!... ¡Andando!... ¡Lárgate!...

El hombre no rogó, sabía que estaba de más; y ya se disponía a volverse, cuando su vista se detuvo fijamente en un montón de cueros de lobeznos, estaqueados junto a las paredes de la choza.

Las pieles más codiciadas por los cazadores son las de lobos de dos pelos; pero los industriales europeos han imitado muy bien esta fina piel con los cueros de los lobitos de un pelo, muertos dentro de los ocho días de su nacimiento y descuerados antes de las veinticuatro horas de haberlos muerto.

Esas pieles se conocen con el nombre de "popis", y los compradores en Magallanes pagan a razón de cuarenta a cincuenta peniques por cada una.

La abundancia de lobos de un pelo en las regiones antárticas es enorme. La dificultad está en los inaccesibles lugares en que paren las lobas y la duración de la caza, que debe ser, como dijimos, dentro de los ocho días del nacimiento.

—¡Ustedes cazan "popis"!... —dijo el prófugo con algo en la cara que no alcanzó a ser sonrisa, y continuó—: Yo conozco una caverna, una enorme lobería donde abundan más "popis" de lo que se puede cazar.

La cara de Peter se ensanchó, y en los labios apareció una sonrisa, como el oscuro pantano que en alguna noche plateada se ilumina igual que la fuente.

—¡Pero, antes, un poco de comer!... ¡Estoy que me caigo de hambre!—siguió el prófugo.

—Primero dinos: ¿dónde está la lobería?—exclamó uno.

—¿Han oído ustedes hablar de La Pajarera?...

—¡Sí! Vaya una novedad, ya sabemos que en su interior hay una lobería y que nadie ha podido entrar en esa isla endiablada, porque la boca de la caverna está en pleno océano, llena de peñascos y rompientes.

—¡Eso es!...—dijo satisfecho el prófugo—. ¡Nadie ha entrado por ahí, pero donde hay pájaros hay lobos, y donde hay lobos, pescados!... Antes de salir mar afuera, en el recodo que tiene la isla en la mitad, allí donde nadan y juegan las manadas de focas, hay una entrada oculta! . . .

—¡Vamos, quédese aquí! —sonrió Peter con su cara maligna.

El hombre comió un poco de pescado seco, restos de carne asada, y se acomodó para dormir sobre unos cueros, detrás de la mohosa y destartada cocina.

Los gringos se echaron sobre sus camastros de toscas tablas de roble, apegados a la pared, que en esta parte estaba calafateada de estopa y pedazos de cueros podridos, para guarecerse del viento y de la nieve.

Volvió a reinar de nuevo el silencio. La noche austral afuera, quieta y helada.

¡Todo es cuestión de precio, en esa tierra y en todas partes! Al amanecer, más o menos a las dos y media de la mañana, ya estaban a bordo del pequeño cúter con su chalana a popa, los tres hombres afanados en zarpar, como si se hubiesen conocido

toda la vida.

El sol semigola empezaba a iluminar el paisaje de soslayo, como un reflector paliducho y lejano, cuando las explosiones del motor a kerosene del cúter taladraron la paz de los lugares y la embarcación fue avanzando despaciosamente, rumbo al sur, canal abajo.

A las tres horas de navegación llegaron a la desembocadura del canal. Más allá se divisaban las grandes olas del océano, que iban menguando sus furias al acercarse a la pequeña angostura de la salida. Ésta las transformaba en mar picado y correntoso, peligrosísimo cuando las mareas subían o bajaban.

El cúter inició un tenue balanceo por la amura de babor y, virando, fue a buscar el recodo de la isla, donde después de buscar fondo, Jackie lanzó al mar la pequeña ancla.

La Pajarera es una isla alargada en forma de monstruo o lobo echado, cuya cabeza, cimbrada por los recios vendavales del cabo, parece agacharse desafiante y vomitar rocas despedazadas donde el mar va a romperse eternamente.

—¡Allí es! . . .—dijo el prófugo, señalando desde la proa del cúter una disimulada hendidura que penetraba en la isla, y que se perdía en tupido ramaje, y contemplando la pared grisácea de la isla sintió escapársele un respiro desde el fondo del ser.

Esa era su "pajarera"; ocho años sin verla. La caverna que él solo conocía. Entre esos mismos recovecos estuvo escondido una vez, cuando en Ushuaia los malditos reflectores de los guardacostas le pescaron el contrabando de aguardiente...; hubo tiros y necesidad de acertar. ¡Quién sabe cuántos!... Todo quedó atrás.

La alta roca se cortaba en una línea pareja inclinada hacia el mar. La sombra de su cumbre saliente rodaba una zona de claridad en las aguas.

Hubiera semejado un trozo de un mundo extraño, muerto, si en las pequeñísimas grietas, como escalones formados por capricho natural, millares de pájaros no estuvieran constantemente apiñados; balconeaban, cual habitantes de un curioso rascacielos, cuervos de mar, patos liles, caiquenes blancos, triles, albatros, gaviotas y palomas del cabo.

Un orden admirable guardaba esa "pajarera", que le había dado el nombre a la isla. En la parte de abajo, los pingüinos se aglomeraban con sus pechos de nieve y con su estúpida gravedad; seguían arriba los cuervos y patos liles con sus pazguaterías de mirones, escandalizándose por todo. En la parte alta, saliendo y llegando como a determinadas expediciones, las gaviotas y albatros ponían sus notas de lontananza.

De vez en cuando, un picotazo en la riña lanzaba al espacio a un cuervo que sostenía la caída con las alas; otro llegaba en vuelo recto dispuesto a abrirse un lugar; y se armaba un tumulto de alas, picos y graznidos.

"Donde hay gaviotas hay lobos, y donde hay lobos, pescados", había dicho el forastero. La corriente que se estrecha en esa parte y la ensenada guarecida y profunda de La Pajarera, eran la vía central del tráfico incesante de los habitantes del mar.

Así, la eterna lucha aparecía del fondo del mar cuando un lobo sacaba de un estirón el redondo cogote fuera de la superficie, mordiendo un robalo que se retorció como un brazo blanco y espejeante.

Era un espectáculo escultórico del mar: la piel del lobo, reluciente y oscura, el cuello dilatado en formas vigorosas, las fauces de perro y de hombre, con sus bigotes destilantes cual trozos de cristal, apretando la cola del pez que se enroscaba y abofeteaba las quijadas ansiosas de la bestia.

Más allá, en pequeños grupos, con sus cuerpos esbeltos de delfines, nadaban a

saltos y en parejas los lobos finos de dos pelos.

Los tres cazadores, embarcados en la pequeña chalana, se acercaron a la hendidura oculta por la cortina de líquenes y enredaderas.

Apartando el verde cortinaje, penetraron en una boca oscura. Era la entrada oculta de la caverna. La roca sudaba humedad y el agua de una pequeña vertiente caía en inflados goterones al mar.

Alumbrados con un farol, avanzaron empujándose con los pequeños remos contra las paredes lisas y viscosas.

Habrían se internado unos treinta metros, cuando una claridad confusa fue recibiendo poco a poco y un sordo rumor ajeno, como retumbos de bombos colosales, turbó aquella paz de tumba. Era el mar bravío que se rompía en la entrada inaccesible de la caverna, la que quedaba hacia el cabo.

Poco a poco la semiclaridad disminuyó, se hizo más pareja. Las paredes se adivinaban cortadas a pique y hacia el techo de la caverna no se veían más que negruras espesas y aplastantes.

El prófugo tomó la singa de la chalana, haciéndola avanzar con mil precauciones. El remo, aleteando suavemente en forma de hélice, apenas producía un ruido cuyo eco se tragaban las oquedades.

Los tres hombres se agachaban instintivamente oteando hacia adelante, donde parecía estar poblado de pavuras.

De pronto un extraño olor a sangre de pescado putrefacta llegó a atosigar a los tres hombres, en ondas tibias y nauseabundas.

El olor se fue intensificando; las ondas tibias se hicieron oleadas sofocantes y pesadas, y un rumor blando y apagado fue percibiéndose.

De súbito, la galería de la caverna se ensanchó y en el fondo de una poza enorme se divisaron montoneras de cuerpos grandes, pardos y redondos, que se movían con pesadez y lentitud.

—¡Esa es la lobería!—dijo el prófugo, y su VQZ enronquecida continuó—: Hay que tener cuidado con los machos viejos, esos grandes y barbudos, que son los únicos que se quedan acompañando a las hembras en la parición. Preparen el rifle, y, cuando estemos cerca, disparen unos balazos para que las lobas se abran y podamos bajar en las toscas de la pequeña playa.

A los disparos se agitaron los cuerpos y en un breve claro de playa los hombres atacaron la chalana; cada uno desembarcó llevando en la mano un grueso palo en forma de maza.

Un macho enorme, con bigotes tiesos y horribles, movió las arrugas de sus belfos; sus ojos se movieron con extraños reflejos y se levantó sobre sus aletas en actitud feroz... Un disparo de Jackie, que llevaba el rifle, retumbó, y el lobo se desplomó lanzando un bramido sordo y profundo..

En las profundidades de una caverna, en el seno de una isla, rodeados de sombras, de un olor y de un calor pesados que embotaban los sentidos, los hombres sufrieron un breve remezón y aflojaron un poco su reciedumbre cuando sintieron aquel bramido del lobo moribundo...

Acostumbrados, sí..., pero mar afuera, en donde las olas y el viento pegan de frente y atacan fuerte; mientras que estas hondas negruras, esta pesadez de cuevas hechas para monstruos. . .

—¡Estos son los jodidos!—dijo el gringo cuando vio desplomarse la bestia del guaracazo.

La parición estaba en su apogeo. Algunas lobas en el duro trance se ponían de

costado y de sus entrañas, abiertas y sanguinolentas, salían unos turbios animalitos, moviéndose como gruesos y enormes gusanos con rudimentos de aletas. Otras emitían intermitentes raros quejidos, casi humanos, en los últimos dolores del alumbramiento. En su estibamiento, a veces se aplastaban unas con otras, y, madres al fin, en su desesperación, se daban empujones y mordiscos para salvar a sus tiernos hijuelos de ser aplastados. Estos, los más grandecitos, se encaramaban sobre los lomos maternos como curiosos ositos de juguete, o bajaban dando los primeros tumbos de la vida.

Una rara palpitación de vida, lenta y aguda, emanaba de esa masa dolorosa e informe, de cuerpos redondos pardo oscuro.

Quejidos de tonos bajos, sordos. Choques de masas blandas. Desplegar de aletas, resoplidos. Chasquidos pegajosos de entrañas en recogimiento. Algo siniestro y vital, como deben ser las conjunciones en las entrañas macerantes de la naturaleza.

¡Si aquello no era una lobería, era una isla en el trance doloroso!... ¡Una isla pariendo! ¡El gemido de la naturaleza creadora, en esa bolsa de aire fétido y aguas oscuras! ¡La matriz fecunda de la isla incubando los hijos predilectos del mar! ¡El mar, ese macho arrollador y bravío que baña sus peñascos relucientes desde afuera!... ¡El progenitor que devuelve los dolores parturientos de la isla, con blancas caricias de espumas engarzadas a los riscos! ¡Región de un mundo lejano!. . . ¡Lobos, loberos, islas extrañas! ¡Tierra sobrecogedora, inolvidable y querida; el hombre que se ha estremecido en sus misterios, se amarrará para siempre a sus recuerdos! Ella y sus hombres son como el témpano. ¡Cuando la vida le ha gastado las bases azules y heladas, da una vuelta súbita y aparece de nuevo la blanca y dura mole navegando entre las cosas olvidadas!...

Pero es inútil que se esconda la vida en lo más profundo de sus entrañas: allá se mete el hombre con sus instintos para arrancarla.

Los tres cazadores iniciaron su tarea de siempre y de todas las partes: matar..., matar, destruir la vida hasta cuando empieza a nacer.

Con los mazos mortíferos en alto, fueron brincando por sobre los cuerpos que daban a luz y descargando garrotazos certeros sobre las cabecitas de los recién nacidos. Los tiernos lobeznos no lanzaban un grito, caían inertes, entregando la vida que sólo poseyeron un instante.

¡Matar y matar!... ¡Cuanto más rápido, mejor! Como poseídos de una locura extraña, los hombres asestaban mazazos e iban amontonando los pequeños cuerpos.

Sudorosos, cansados, se detenían un momento a tomar aliento. Un macho viejo y grande les atemorizaba a veces, y hacía intervenir el fusil. Las lobas no se defendían y sus ojos contemplaban fijamente, con un fulgor indefinible, la tarea de los matadores de sus hijos.

Cuando hubieron calculado la carga de la chalana, empezaron a arrojar en su interior los muertos, hasta que la línea de flotación les aconsejó prudencia.

Luego, la chalana, llena de lobitos pardos y relucientes, fue saliendo de entre las entrañas rocosas, y los hombres, con su cargamento, surgían a la luz como extraños pescadores que hubieran ido a tender sus redes al abismo, que peces de allí parecían esos lobeznos.

Dos faenas iguales alcanzaron a realizar aquel día, de la caverna al cúter. Y con las avanzadas sombras de la noche, recalaron al lugar del rancho e iniciaron, incansables, el descueramiento, pues de un día para otro las pieles mortecinas se echan a perder.

A la mañana siguiente, todos los rajones disponibles del rancho estaban repletos

de cueritos de "popis" estaqueados.

—¡Como si hubiéramos completado la temporada! —dijo uno de los gringos, jubiloso.

Cinco días continuaron trayendo el cúter cargado de pieles. La faena de la caza llegaba a su término. Ya habían pasado los ocho días de la parición.

Durante las noches, en el breve descanso que dejaban el descueramiento y el estaqueado, los gringos se habían vuelto más obsequiosos con el valioso huésped. Éste había trasmutado los rasgos fijos de su faz, siempre detenidos en una actitud de espera, por una sonrisa que empezaba a desarrollarse bajo el renegrado bigote.

En la mañana austral, fría y luminosa, resbaló una vez más el ruido fatigoso del motor del cúter y fue a refugiarse, con eco apagado, en los ámbitos de los canales.

—¡Hoy es el último día y trataremos de hacer tres chalanas de "popis"! —dijo Jackie, aflojando un rizo de la vela para ayudar al motor, con la fina brisa que pegaba por la aleta.

El prófugo extendió una sonrisa esperanzada y fue diciendo, pausadamente, mientras miraba al cielo:

—¡Después de ésta, yo he de "rumbiar" al norte!... ¡Ustedes saben!... ¡Unos cuantos cueros no más, para dárselos al patrón del primer cúter que me pueda llevar! Me quedaría aquí, pero ya no sirvo; la temporada de caza pasó y nunca se está demasiado lejos de Ushuaia...

Algo helado pasó entre las miradas de los hermanos... Siempre los dos gringos se habían estado preguntando desde lejos lo mismo, en iguales circunstancias de la vida cuando así se miraban. Ambos eran canallas, pero les costaba serlo sinceramente... Habían pasado siempre echándose del uno al otro la bola negra de sus pensamientos.

Apartando sombras, como en los días anteriores, penetraron en la caverna y atracaron la chalana en el claro que dejaron las lobas en los postreros días de su parición.

El herido instante en que la vida nace a su curso olía, como siempre, a muerte y vida

Con los dientes destapados como en apretada sonrisa, el prófugo se internó caverna adentro, golpeando a derecha e izquierda sobre las frágiles cabecitas.

Estaba metido muy adentro, confundido entre las sombras, poseído de su afán de matar, avanzando a horcajadas sobre los lomos como un extraño demonio que explorara a mazazos las espesas negruras, cuando los hermanos se miraron de súbito. ¡Fue sólo un instante supremo! Sus miradas chocaron hasta con temor. No habían hablado una palabra, pero ya desde antes estaban de acuerdo sus pensamientos canallas. Se comprendieron..., y bajo un solo impulso saltaron a bordo de la chalana y emprendieron presurosos la fuga.

El prófugo, cansado, detuvo de pronto la matanza... y, lentamente, volvió la cabeza hacia atrás. La chalana ya desaparecía en la galería de salida.

No tuvo tiempo para nada. Quedó estupefacto, como si la tierra entera hubiera desaparecido quedando sólo él, flotando y sumido en el vacío, sin piso, sin cielo. . .

Cuando hemos cargado nuestra barca con el equipaje, con las más bonitas ilusiones y sueños y quedamos estupefactos en la playa del engaño, viéndola partir, en lontananza, llevándonos todo y dejándonos la fofa hilacha que no atina a nada. ..., entonces aflojamos; pero echamos un vistazo hacia atrás, vemos que hay senderos de regreso, nos recobramos, y aunque vayamos curvados por nuestra pesada cruz, con el alma doblada, ya levantaremos el hombro y arrojaremos la cruz en alguna vera polvorienta, y volveremos a ser lo que fuimos.

Pero cuando no hay caminos de regreso, el alma queda sobre un filo, oscilando en

el límite, en constante caída. El filo puede ser un hilo de luz lacerante o una sima.

El prófugo avanzó hasta el borde del agua. Se sentó en la arena y lanzó una especie de mirada por sobre el lomaje pardo de las bestias, por sobre las paredes sombrías, por sobre las aguas tranquilas y siniestras de la negra caverna...

Afuera, la chalana ya salía al canal, sonriente de luz y de pájaros. . .

Un calor sofocante..., un olor que viene en rollos.. ., en madejas de estopa blanda como el algodón. Y se mete por las narices..., por la boca, atascando.

Un lobo grande y negro..., un lobo, sí, con los bigotes tiesos en la pulpa asquerosa de los belfos hediondos, con hedor espeso, que viene a aplastarle el pecho con sus aletas enormes, blandas, pegajosas y pesadas como los tablones de la muerte.

¡Pero si no es un lobo! Es Luciano, el bachicha, que, borracho, viene a echarle su corpulencia encima. ¡Luciano no mueve sus gruesos labios olorosos a toscano, pero sus ojos le preguntan por los cueros!. . .

¡Los cueros por los cuales pelearon y él lo dejó tendido en la arena de una puñalada en el vientre!

¡Sangre!... ¡Alivio! Él nada ahora con lentitud en el mar; junto a él se sumergen lobos conocidos en las aguas glaucas y cristalinas; las aguas se vuelven oscuras... Pero si no son aguas. . . Es sangre espesa y revuelta, y a su lado ve dos lobos largos y rubios. . . No; son monstruos, mitad hombres, mitad lobos... Pero no; son Jackie y Peter que muestran sus dientes apretados y están sonrientes....

¿Qué es eso, Dios mío? Una loba está abriendo sus entrañas sobre su faz. Su lobezno va saliendo del vientre como una babosa negra... Y lo ahoga... ¡Ah..., pasó!... ¡Qué alivio! Pero las entrañas se recogen, lo absorben, son enormes y lo arrastran hacia el interior... Las entrañas lo aprietan horriblemente.. .

¡La loba lo va a parir y no puede! Las vísceras lo empujan, lo atraen, hacen de él un nudo. . ., y todo es negro, es sangre negra, es baba espesa.

¡Descanso! Lentamente se levanta un clamor a lo lejos. El clamor se convierte en un cántico armonioso de miles de voces infantiles. Y por las paredes, ahora celestes, de la caverna van apareciendo bandadas de niños... No, son pájaros...; no, son lobeznos con sus aletas transformadas en alas... Y cantan... Y vuelan.. .

¿Y él, qué hace?... Ha asestado una puñalada al lobo que nada a su lado, y este lobo es Luciano y lo ha enterrado en la arena. . . Pero, Dios mío, él es bueno, ¿y cómo ha hecho eso?, ¿y por qué embiste contra los lobitos que vienen a cantarle a su lado con voces de ángeles? Y los va matando con el mango del puñal... Y no puede despegarse de su crueldad..., y los lobitos van cayendo uno a uno... ,y se van apagando poco a poco sus cánticos celestiales.

Todo es paz, es dulzura, silencio..., y él tiene alas ahora, es liviano y quiere vaciarse en un hilo largo que sale hacia la luz. . . Y se eleva ágilmente, volando hacia una claridad que se abre entre las nubes rocosas. . . Y asciende. . . Asciende hacia una zona de luz y de paz.

Algunos años después, en un diario de Punta Arenas apareció una lacónica noticia que no extrañó a las gentes, acostumbradas a leer las misteriosas tragedias que de tiempo en tiempo ocurren en esos mares:

*El comandante de una escampavía que realiza expediciones a los canales del extremo sur, ha comunicado a la autoridad marítima haber encontrado un cúter, al parecer abandonado desde hace tiempo, en la cercanía de la isla denominada La Pajarera, situada cerca del cabo de Hornos.*

Un viejo lobero que oyó la noticia junto al mesón del bar de don Paulino, el asturiano, comentó, entré sorbo y sorbo de grapa:



—¡Este cúter debe de haber sido de los gringos Jackie y Peter...; eran tan ambiciosos los gringos esos!... Se habrán hecho pedazos al querer entrar en la boca de la cueva de La Pajarera. La boca está en pleno océano, llena de rompientes, y dicen que en su interior hay grandes loberías. . .

Los dos gringos entraron; pero seguramente no salieron, ni ya saldrán jamás.

## Cazadores de focas

Punta Sobaco no aparece con ese nombre en las cartas de navegación, ni con ningún otro, pues faltarían denominaciones para designar todos los accidentes geográficos que caracterizan el despedazado archipiélago de las Guaitecas. Sólo los cazadores de focas de Quellón la conocen así, y entre ellos “el capitán Ñato”. Tampoco este nombre es conocido en el puerto de Quellón, de pocos habitantes, y el último del sur de la isla grande de Chiloé.

El capitán Ñato es llamado así sólo por sus amigos los indios alacalufes de más allá del Golfo de penas. Es que Luis Andrade tenía una nariz tan aplastada como la de una foca que se hubiera dado un cabezazo contra una roca. Las dos fosas nasales eran lo único que asomaba a la superficie de su rostro; pero le bastaban para olfatear las rutas que seguían sus congéneres del mar, y así fue como dio con la famosa caverna donde paren las lobas en Punta Sobaco.

Los científicos dicen que las focas fueron en tiempos remotos mamíferos de tierra adentro y que se hicieron a la mar por razones aún no bien sabidas. Tal vez fueron acosadas por otras fieras, o las empujó la necesidad, cuando eran anfibios que pescaban en la desembocadura de los grandes ríos. El hambre y la necesidad llevan a animales y hombres por azarosos caminos. Posiblemente se dieron cuenta de que había más peces en el mar que en los ríos y, poco a poco, fueron entrando en él hasta convertirse en lo que son hoy.

Así el capitán Ñato, en busca de sus pieles, se adentraba todos los años en la época de la parición de las lobas de un pelo por todos los roqueríos y cavernas que quedan mar afuera del destrozado archipiélago.

Aquella tarde el sol parecía el ojo de un dios primitivo, como el del buey Apis de los egipcios, cuando en la chalupa ballenera el capitán con sus cuatro remeros empezó a escapular los contornos hacia Punta Sobaco. Generalmente el sol sale así por entre las nubes después que ha pasado la tempestad, como para mirar lo que ha ocurrido entre el mar y la tierra. De la que acababa de pasar, sólo quedaba una mar boba que venía rodando desde la lejanía, donde se perfilaba igual que el lomaje de inmensos toros que estuvieran arando el ancho horizonte del océano Pacífico.

El redoso de Punta Sobaco es sucio. Se presume que ese nombre le fue dado porque en esa parte de la punta, los acantilados se doblan cual gigantesco brazo que abofeteara el mar. El puño queda afuera, con altas coyunturas rocosas agrietadas por el embate del océano que tiene olas de dos metros más altas que las de todos los mares. Estas mareas bobas vienen de tres en tres, con intervalos, para que el mar

respire un rato antes de enfrentarse con el puñetazo de piedra de la tierra. De tarde en tarde también emerge, insospechadamente, alguna extraña ola solitaria que no se sabe de dónde viene y remonta triunfante por los altos cantiles cual si se tratara de un maremoto, de los que suceden a veces en la región, capaces de cambiar hasta su curiosa geografía.

Una de estas olas pescó a la chalupa del capitán Ñato mientras enfilaba la grieta profunda que da a la entrada, por mar afuera, de la caverna de la lobería. La estrelló como si se tratara de una brizna contra el alto acantilado cortado a pique. El capitán Ñato gobernaba la bayona y no tuvo tiempo de maniobrar para evitar el estrellón. La embarcación de apenas siete metros de eslora fue tomada en vilo por la cresta de la ola y lanzada contra las piedras con otro puñetazo. Los cuatro remeros fueron lanzados al agua entre las cuadernas y las tablas rotas. El capitán soltó la bayona y logró agarrarse a dos manos en el verduguete de la regala de la popa; allí permaneció sentado por unos instantes como en un trono; pero luego su asiento también fue destrozado, con tan mala suerte que, al empuñar el listón redondeado del verduguete, éste le hizo astillas las cuatro primeras falanges de la mano derecha, al darle contra la roca. El capitán Ñato soltó así su última tabla de salvación y herido, cual un rey destronado que abandona el bastón de mando, siguió nadando a lo perro detrás de sus compañeros.

La mayoría de los chilotes, no obstante ser de los mejores marinos, por lo general no saben nadar, tal vez porque piensan nunca en naufragar.

Debido al susto o por un fenómeno que se explicarían los físicos, la tablazón de la ballenera destrozada quedó afuera en el canalizo de la grieta y sus tripulantes fueron lanzados por el impulso de la resaca caverna adentro. Allí, en aguas más tranquilas, pudieron mantenerse a flote, y nadando instintivamente siempre a lo perro o a lo rana, alcanzaron una estrecha explanada cubierta por los negros cuerpos de las focas y lobeznos recién nacidos, los llamados en jerga lobera “popis”, en busca de cuya codiciada piel iban los cinco hombres.

La caverna de Punta Sobaco tiene dos entradas. Una de ellas queda precisamente en la concavidad que debe haberle dado este nombre, una oquedad que semeja la de esa parte del cuerpo humano. Allí la vegetación costera se vuelve umbrosa y se entremezclan las lianas colgantes de los cantiles, de un verde plateado con las ramazones de helechos y pangues, más oscuras, que dificultan la visibilidad de la entrada. Por tal motivo el capitán Ñato prefería la entrada del extremo de la punta, la de mar afuera, que se comunicaba con la otra de más a tierra, por medio de un túnel que casi atravesaba de parte a parte Punta Sobaco. Allí, en las plataformas rocosas formadas por la erosión del mar, parían las lobas de un pelo y las cubrían sus machos, como generalmente lo hacen, después de dar a luz sus “popis”.

Al ver a los hombres que salían del mar arrastrándose como ellas, igual que grandes gusanos, deben haberlos mirado como a otras focas, algo extrañas, pero focas al fin. Así, se apartaron con sus crías haciéndoles un hueco en el lugar, puede que el mejor, tal como lo hacen cortésmente los indios alacalufes toda vez que llega un visitante en busca de calor a sus chozas.

Los extraños forasteros echaron un vistazo a su alrededor y se sintieron felices de haber salvado el pellejo; ellos que, precisamente, iban en busca de los pellejos ajenos, de los seres que les daban albergue. Pero tal felicidad no podía durar: luego se dieron cuenta que las bocas de la caverna no podían ser alcanzadas sino con una embarcación como la que había quedado afuera hecha pedazos entre los roqueríos de la entrada.

Los cinco hombres se miraron, no de la manera que las focas los miraban a ellos, con tranquilos ojos, con un parpadeo por momentos tierno y manso, semejante al de los faros de intervalo largo que señalan la entrada a un buen puerto.

Llevaban dos días dentro de la caverna, preocupados por la grave situación, cuando de golpe un milagro de la resaca, porque los hay a veces en el mar, en la tierra y en el cielo, hizo que unas cuantas tablas de ciprés de las Gauitecas, del que estaba hecha su propia chalupa ballenera, llegaron a la precaria playa subterránea, como si el árbol regresara a la tierra para dar de nuevo amparo al hombre. Benedicto Cárdenas, el más prevenido, llevaba cerillas dentro de la tabaquera hecha de una vejiga de oveja. El rollo de tabaco y las cerillas ni siquiera se habían humedecido con el percance. Fue el primero en echar una fumada en su cachimba hecha con un cacho de jaiba y que conservó en su bolsillo como otro milagro entre el mar y el hombre. Convidó algunas pitadas, por turno, a sus ateridos compañeros, para que espantaran un poco los malos pensamientos.

Con sus cuchillos loberos, que llevaban siempre envainados a la cintura, carnearon una foca y con la grasa y las tablas hicieron su primera fogata. También asaron los primeros filetes de lomo. El capitán Ñato, como siempre lo hacía, reservó el corazón para sí, pues era su presa favorita, al igual que otros prefieren la rabadilla de la gallina, y empezó a curarse la mano destrozada con sus propios orines.

Las voces de los hombres tienen una extraña resonancia sobre el mar. Van y vienen colgantes, como péndulos, pequeños soles sonoros que nacen y se esconden con misteriosos pasos de danza. En cambio, bajo tierra la voz del hombre cambia, se opaca como si buscara el silencio. No dan ganas de hablar si se entra a la galería de una mina de carbón submarina.

Benedicto Cárdenas fue también el primero en darse cuenta de lo que estaban haciendo:

-¡Quemamos nuestras naves como Hernán Cortés! -dijo, mirando las tablas que ardían jubilosas entre el chisporroteo del aceite de foca.

-¿Quién es el tal Cortés? -preguntó Eliseo Vera, a quien apodaban "Liche".

-El español que conquistó México y que ordenó quemar sus naves para no regresar más a España -le explicó Cárdenas, quien había cursado hasta el primer año de humanidades en el Seminario jesuita de Ancud.

-Lo que yo, voy a regresar a Quellón aunque sea a nado -dijo el capitán Ñato, después de echar otra orinada en su mano y levantarla, mirándola semidoblada, como una pequeña bandera en derrota. Las cuatro primeras falanges tenían los huesos totalmente rotos, y el resto de la mano se mantenía unida nada más que por los pedazos de piel y los nervios entre la carne machucada. Los cuatro dedos se movían hacia atrás y hacia adelante, igual que la aleta muerta de una foca.. Otro milagro, esta vez el de sus propios orines, ya que su resto de mano no se infectó y evitó la gangrena.

Benedicto Cárdenas era el más instruido. Trabajaba en una oficina del registro Civil de Quellón pero, tentado por la aventura de la cacería de focas, todos los años se las arreglaba para dejar su trabajo pueblerino y embarcarse en la cuadrilla de cazadores del capitán Ñato. Eres un "chupa lápiz", le decía despectivamente el capitán.

José Leuquén y Pedro renín completaban la tripulación. Todos eran de Quellón, donde la naturaleza de las islas y los esteros adyacentes marcan una zona de transición entre Chiloé y el austro más inhóspito. Hasta esa zona llega una especie de fardela de oscuro plumaje ocre, de tamaño semejante al de una gaviota, y no se sabe

por qué no pasa más al norte, aunque es una veloz cazadora a flor de agua. Siempre se vuelve de allí al sur, lo mismo que algunas ballenas que se asoman al golfo de Corcovado y después vuelven a mar abierto por el canal que pasa entre la isla grande de Chiloé y la de Huafo.

Leuquén y Renín, dos indígenas huilliches, se sentaron silenciosos y resignados, como lo hacen los alacalufes en cualquier grieta de una roca para pasar el temporal.

Las focas fueron dejándoles cada vez más espacio a los hombres, a medida que éstos mataban a los “popis” para sacarles la piel y devorar su carne, más tierna y con menos a gusto a pescado que la de los adultos. Carneaban a alguno de éstos nada más que para obtener su grasa para la hoguera y cubrirse con el cuero a manera de frazada, con la carnaza para afuera.

Al tercer día Eliseo Vera, el Liche, empezó a reír extrañamente. Fue una carcajada gutural, como si saliera de más abajo de la caverna donde estaban refugiados. Carcajada que a veces terminaba en una especie de hipido o llanto de borracho. Al notar que los otros se molestaban, porque no sabían si era risa o llanto, se apartó de sus compañeros y se fue a reír solo, entre las focas, que no se asustaron por su extraña afectación. Era un hombre desgarrado, flaco, alto, de cabello tirado a rubio y unos ojos rojizos, que parecían los de un aguilucho buscando presas en el camino.

Al día siguiente, siempre riendo, se lanzó al mar. Era el que sabía nadar mejor, y se dirigió braceando hacia la boca de los pangues y helechos, la que daba el nombre a Punta Sobaco. Se perdió en la penumbra, a pesar del coro de sus compañeros, que le gritaban que volviera. Al otro día, la corriente que venía de mar afuera trajo su cadáver, pero sin la cabeza y sin un brazo, desgarrado como las cuerdas de la chalupa ballenera entre las rocas. Sus compañeros volvieron a echar el cadáver al mar, así como los restos de las focas que no servían para la hoguera. La resaca volvió a traerlos y entonces Cárdenas y Andrade empezaron a reír igual que el Liche, o a llorar, porque tampoco ellos lo sabían bien, como tampoco se daban cuenta dentro de aquella caverna si era de día o de noche. Leuquén y Renín permanecían siempre silenciosos; pero se alejaron de las risas y se fueron entre las focas, que seguían pariendo, y los machos cubriéndolas después del parto. A veces éstos peleaban por una de las hembras y los más jóvenes acorralaban al más viejo, echándolo al mar, como sus compañeros al Liche.

Las focas se aparean igual que los hombres con sus mujeres. Esto entretuvo a los náufragos al principio, pero después les aumentó la risa. La cópula inocente de las focas les recordaba a sus mujeres y los “popis” a sus propios hijos, y el cadáver del Liche traído y llevado por las corrientes y la resaca, le evocaba la muerte. El mar retumbaba afuera con voz poderosa y a veces, cuando salía el viento, se confundía con éste. Por momentos ambos entraban por las gargantas cavernosas, como si fueran a echar un vistazo a los cuatro náufragos, y salían presurosos por las bocas, mezclándose la risa blanca de la espuma con su lóbrego ulular.

Al quinto día, una ola produjo una resaca mayor que todas las anteriores, vino a cubrir con sus cendales de espuma a los hombres y a las focas y trajo otras tablas de la chalupa. Benedicto Cárdenas se opuso a que se echara una sola de ellas a la hoguera.

-¡Vamos a construir un barco! -dijo con voz extraña.

Los otros lo miraron como al Liche cuando éste comenzó a reír. Pero al parecer Benedicto no se había vuelto loco. Al contrario, estaba preocupado y serio, con la cabeza gacha, pensando en lo que iba a hacer con esas tablas y una que otra

cuaderna de cachigua, que la maravilla del mar había depositado a sus pies. La cachigua -árbol autóctono de brazos y ganchos retorcidos- la utilizan los chilotes para las cuadernas de sus botes, ya que parece que la propia naturaleza preparara la armazón de sus pequeñas embarcaciones. Tal vez desde el neolítico, el hombre de las islas venía construyendo con sus hachas de piedra las “dalcas”, tres tablones de alerce calafateados y amarrados con boqui a las cuadernas de cachigua, tan bien hechas que le parecieron “batiquines de Flandes” a Miguel de Goizueta, el primer español que las conoció y las describió al navegar por las islas en 1557. Las tablas y las cuadernas rotas también traían sus respectivos clavos, y con esos materiales, Benedicto Cárdenas empezó la construcción de su barco.

La duda empezó a rondar entre los otros compañeros: ¿se habría vuelto loco como el Liche o estaba cuerdo como ellos? Cárdenas empezó a cantar: “Corre, corre, enamorado, buscando una calle por donde ella aparezca... Ríe, ríe, enamorado, buscando la vida que puede venir...” De las palabras pasó al silbido, que fue llevado por el viento y después devuelto por las carcajadas del mar.

Poco a poco la locura o cordura de Benedicto fue contagiando a sus compañeros, quienes se pusieron, afanosos, a ayudarlo en la construcción de su “barco”. Éste quedó inconcluso y más parecía una artesa de dueña de casa que un “batiquín de Flandes” o una “dalca” huilliche.

Transcurrieron otros días con sus noches, sin que el mar devolviera otras tablas, hasta que un día, en la penumbra, descubrieron un bulto. A primera vista creyeron que era nuevamente el brazo del Liche. Pero no era tal cosa, sino una cuaderna que sobresalía cual débil mástil de su armazón tinglado. Era una de las amuras de la ballenera que la corriente traía casi completa. Todo cambiaba ahora. La desarmaron y, entusiasmados, continuaron la construcción. Pronto la embarcación quedó lista. Su capacidad sólo permitía llevar a flote a un hombre. Al probarla, el agua entró como por una tina rota, a falta de calafateo. No tenían estopa ni brea. Entonces el capitán Ñato hizo su mayor contribución.

-Pongámosle por debajo un cuero de toruno -dijo, refiriéndose a los grandes machos viejos.así lo hicieron y el ensayo resultó. ahora faltaban los remos no quedaba ni una sola tabla que sirviera de bayona o algo parecido.

La batea forrada con el cuero de la gran foca se mantuvo bien a flote, sostenía con relativa seguridad a un tripulante, pero no había con que remar a no ser con las manos. El capitán Ñato seguía orinando la suya, ya totalmente salvada de la gangrena.-los indios yaganes dicen que el primer hombre bajó del cielo descolgándose por una soga de cuero foca -comentó sabiamente cárdenas, y agregó: ¿por qué nosotros no podemos salir esta cueva medio también un lazo cuero?

Antes en las islas se hacían lazos de cuero de foca, pero al “apegualar” un toro desde la cincha del caballo, este tipo de lazo cedía como elástico y no tenía la buena tensión que requiere esta faena. Por eso el cuero de lobos se usó nada más que para coyundas.

Un solo cuero de foca cortado en una delgada lonja en espiral les dio un lazo bastante extenso. Sin embargo, tuvieron que añadirle dos o tres más para dar el largo hasta la boca de salida más próxima, la del sobaco velludo de helechos. Luego sacrificaron una de las tablas de la regala y la reemplazaron con piel de foca embutida en la de más abajo. Cárdenas, por supuesto, fue el primero en probar la locura de su barco, singando con la tabla en un extremo de la batea.

-Si alcanzo hasta la boca de la cueva sin hundirme y, de todas maneras, si me hundo, ustedes tiran del lazo a mi “barco” y esperan otras tablas para agrandarlo -dijo

mirándolos con una ligera sonrisa, y agregó:- Si prefieren, rifamos quién sale primero y quién último.

Los cuatro náufragos se quedaron silenciosos, pero el balido de una foca, como si fuera una respuesta, decidió a benedicto a intentarlo primero.

Remó a la singa con la tabla llevando el rollo de lazo en el interior de su precaria nave. El avance era lento, pero a medida que se desenrollaba el lazo, sostenido desde la playa de la caverna por Leuquén, la línea de flotación fue subiendo un poco. Benedicto llegó a la bocana y trepando por entre los helechos, dejó la barca con su remo adentro, dispuesta para sus compañeros.

Leuquén tiró la soga con cuidado y la batea llegó para el otro tripulante. El segundo en zarpar fue el capitán Ñato, singando precariamente con la tabla en su mano izquierda. Era su primera experiencia en su nueva vida de manco.

Tuvo que abandonar definitivamente la cacería de focas. Y una tarde me contó todo esto sirviéndome una copa de vino blanco en su casa de Quellón.

Leuquén fue el último en salir de la cueva. Después, un barco que venía de las Guaitecas cargado de postes de ciprés, vio las señales de humo que hicieron los cuatro náufragos en un promontorio de la ruta, y pasó a recogerlos, llevándolos a Quellón, porque todos eran de ese puerto.

El médico del hospital examinó la mano del capitán Ñato. No quiso amputarle los dedos, que ya habían aprendido a flamear sobre el pulgar, cual gallardete náutico sobre un mástil tronchado a medias por un temporal.

## Golfo de Penas

Entre ola y ola nuestro barco se recostaba como un animal herido en busca de una salida a través de ese horizonte cerrado de lomos movedizos y sombríos.

-¡Agárrate, viejo! -dijo un marinero haciendo rechinar sus dientes y contrayendo la cara como si un doloroso atoro le anudara las entrañas. El barco, cual si lo hubiera escuchado, crujió al borde de una rodada de cuarenta y cinco grados y fue subiendo sobre el lomo de otra ola, semirrecostado, pero ya libre de la vuelta de campana o de la ida por ojo.

La cerrazón de agua era completa. Arriba el cielo no era más que otra ola suspendida sobre nuestras cabezas, de cuya comba se descargaba una lluvia tupida y mortificante.

De pronto, emergiendo de la cerrazón, apareció sobre el lomo de una ola una sombra más densa; otra ola la ocultó, y una tercera la levantó de nuevo mostrándonos el más insólito encuentro que pueda ocurrir en esos mares abiertos: un bote con cinco hombres.

Raro encuentro, porque por ese golfo sólo se aventuran buques de gran tonelaje. El nuestro, con sus diez millas de máquina, hacía más de veinticuatro horas que estaba luchando por atravesarlo de sur a norte, y una cáscara de nuez como ese bote minúsculo no podía tener la esperanza de hacerlo en menos de una semana hasta el Faro San Pedro, primeros peñones de tierra firme que se hallan al sur del temido golfo.

En medio de los ruidos del temporal, la campana de las máquinas resonó como un corazón que golpeará sus paredes de metal y el barco fue disminuyendo su andar.

Era un bote de ciprés, ancho de cuyas gruesas cuadernas que mostraban su pulpa

sonrosada de tanto relevarse con el agua del mar y de la lluvia. Los cuatro bogadores remaban vigorosamente, medio parados, afirmando un pie en el banco y el otro en el empaletado, y mirando con extraña fijeza el mar, especialmente en la caída de la ola, cuando la falda de agua resbalaba vigorosamente hacia el abismo. El patrón, aferrado a la caña del timón, iba también de pie, y con una mano ayudaba al remero de popa con un envión del cuerpo que parecía darles fuerzas a todos, quienes como un solo hombre seguían el compás de su impulso. De tarde en tarde algún lomaje labrado escondía al bote, y entonces, semejaban estar bogando suspendidos en el mar por un extraño milagro.

Cuando estuvo a la cuadra, le lanzaron un cabo amarrado a un escandallo, que el remero de proa ató con vuelta corrediza a un eslabón apernado en su banco. La cercanía se hacía cada vez más peligrosa. Las olas subían y bajaban desacompañadamente al buque y al bote; de tal manera que, en cualquier momento, podía estrellarse el esquife haciéndose pedazos contra los costados de fierro del barco. Una escalerilla de cuerdas fue lanzada por la borda, y, cuando la cresta de una ola levantó el bote hasta los pescantes mismos del puente, en la bajada, de un salto, el patrón se agarró a la escalera y trepó por ella con la agilidad de un gato. Puso pie en cubierta y como una exhalación ascendió por las escaleras hasta el puente de mando.

Arriba, patrón y capitán se encerraron en la cabina. Estábamos a la expectativa. Los remeros manteníanse alejados a prudente distancia con su cáscara de nuez; el barco encajaba la proa entre las olas y la levantaba como una cabeza cansada, sacudiéndola de espumas. El contramaestre y los marineros estaban listos con la maniobra para izar el bote a borde, en cuanto el capitán diese la orden.

Los minutos se alargaban. ¿A qué tanta demora para salvar un bote en medio del océano?

La expectación se hizo menor cuando vimos salir al patrón de la cabina. Hizo un gesto raro con la mano y bajó de nuevo las escaleras con su misma agilidad de gamo. Pero la orden de izar a los náufragos no se oyó. Nuestro asombro, entonces, aumentó.

Pasó a mi lado, me enfrentó con una mirada fría y enérgica. Quise hablar, pero la mirada me detuvo. El hombre iba empapado; llevaba el cuerpo cubierto por un pantalón de lana burda y un grueso jersey; la cabeza y los pies, desnudos; el rostro, relavado como el ciprés de su bote y en todo su ser, una agilidad desafiante, con la que parecía esconderse apenas del castigo implacable de la intemperie.

Cruzó de nuevo como una exhalación, saltó por la borda, se aferró en la escalerilla, aprovechando un balance, estuvo de un brinco agarrado de nuevo a la caña de su timón.

-¡Largaaa! -gritó, y el proel desató el cabo, lanzándolo al aire con un gesto de desembarazo y desprecio. Los remeros bogaron vigorosamente, y el bote se perdió detrás de una montaña de agua. Otra lo levantó en su cumbre, y después se esfumó como había venido, como una sombra más densa tragada por la cerrazón.

En el barco la única orden que se oyó fue la de la campana de las máquinas, que aumentó su andar. Los marineros estaban estupefactos, como esperando algo aún, con las manos vacías. El contramaestre recogía el cabo y el escandallo con lentitud, desabrido, como si recogiera todo el desprecio del mar.

-¿Por qué no los llevamos? -pregunté más tarde al capitán.

-No quiso el patrón que los lleváramos en calidad de náufragos -me contestó.

-¿Y por qué?

-“¡Somos loberos de la isla de Lemuy y vamos a los canales magallánicos en busca de pieles! ¡No somos náufragos!, contestó”.

-“¿No saben que la autoridad marítima prohíbe salir de cierto límite con una embarcación menor? ¿Piensan acaso atravesar el golfo con esa cáscara?”

-“¡No es una embarcación menor, es un bote de cinco bogas y todos los años en esta época acostumbramos atravesar con él el golfo. Lo único que le pedimos, es que nos lleve y nos deje un poco más cerca de la costa; nada más!!.

-“¡Si los llevo debo entregarlos a las autoridades de la Capitanía del puerto de su jurisdicción!”

-“¡No, allí nos registrarán como náufragos... y eso... ni vivos ni muertos! ¡No somos náufragos, capitán!”

-“Entonces no los llevo”.

”¡Bien, capitán!”

Y haciendo un gesto con la mano, el patrón había dado por terminada la entrevista.

Sin poderme contener, proferí:

-¡Así como los dejé peleando con la muerte aquí en medio de este infierno de aguas, pudo haberles dado una chance dejándolos más cerca de la costa! ¿Quién le iba a aplicar el Reglamento en estas alturas?

-¡Era un testarudo ese patrón!-: Si me ruega un poco, lo habría llevado!

Afuera la cerrazón se apretaba cada vez más sobre el Golfo de Penas.

## TIERRA DEL FUEGO

La derrota iba a las ancas de aquellos tres jinetes que atravesaban a trote largo el Páramo.

El último tiroteo contra las fuerzas de Julio Popper había tenido lugar en las márgenes del río Beta, y los enemigos del enriquecido buscador de oro, unos setenta aventureros de todas las nacionalidades, se habían desbandado, totalmente derrotados por las fuertes bajas sufridas.

Unos huyeron hacia los cordones cordilleranos de Carmen Sylva, sierra que el mismo Popper así había bautizado en honor de su reina rumana. Otros fueron tragados por los vastos coironales de China Creek, y unos cuantos ascendieron por los montes del río Mac Lelan, refugio de cuatreros y de los últimos indios onas.

Sólo Novak, Schaeffer y Spiro huyeron por la costa sur de la Tierra del Fuego, con la esperanza de ocultarse tras el sombrío mogote del cabo San Martín. Conservaban todavía algunas balas para sus carabinas, y Novak, una cartuchera completa de las del calibre 9, para su Colt de caño largo, el único del trío.

Estas escasas municiones eran lo único que todavía les daban ánimo en su desesperada situación, a pesar de que con ellas no habrían podido sostener un prolongado tiroteo. Lo demás era todo derrota, debilidad, aniquilación, tanto dentro de sus corazones de hombres fugitivos como fuera de ellos, en el desamparo de la estepa fueguina.

-Tienes sangre en el pantalón... -dijo Novak, con una extraña ternura en la voz, indicando la pierna derecha de Schaeffer.

-Sí, lo sé -contestó fríamente Schaeffer, fijando sus ojos azulencos en el encapotado cielo, como el pájaro que estira el pescuezo antes del emprender el vuelo.

-¿Bala? -interrogó Spiro.

-¡No, boñigas de guanaco! -profirió Schaeffer, con rabia.

-Vamos a ver -dijo Novak, sofrenando el trote del caballo.

-¿Qué?



-La herida -replicó el ex sargento alemán, con algo todavía del superior que se preocupa por el estado de su tropa.

-No es nada..., sigamos -profirió con leve asomo cordial Schaeffer, espoleando su cabalgadura.

Cosme Spiro lanzó una mirada cautelosa a sus espaldas y espoleó aún más su caballo, poniéndose a la delantera del trío.

El viejo Schaeffer, como un pájaro herido, volvió a levantar la cabeza hacia el cielo. Más las punzadas de la herida, era el fluir de la sangre lo que lo atormentaba; porque cada vez que afirmaba el pie en el estribo para sostener el cuerpo en el ritmo del trote, sentía brotar una onda líquida de la herida, onda que escurría con escalofriante tibieza por la pierna hacia el pie, humedeciendo cada vez más al interior de la bota.

Con la mano derecha puesta en su vieja carabina alemana, de caño recortado, atravesada sobre el morrón delantero de la montura, trataba de alivianar la fuerza que hacía el pie en el estribo para mantener el ritmo del trote largo; pero era inútil, la onda tibia surgía con regularidad agobiante, resbalando insidiosamente por la piel hasta empozarse dentro de la bota. Era entonces cuando Schaeffer estiraba su cabeza, como un pájaro, pero no para emprender el vuelo de una oración, sino para largar una bandada de maldiciones al cielo y a su Dios, por haberle arrastrado a tan desgraciada situación.

-¿Quién me mandó a meterme en contra de Popper -dijose. Murmurando entre dientes el viejo-, cuando el rumano me trataba como a un compatriota y siendo como soy un húngaro perdido en estas playas?

De tarde en tarde, como el fluir de su sangre en esas ondas tibias e insidiosas, surgían en su mente fugaces recuerdos de sus andanzas con el buscador de oro enriquecido en el Páramo. El dolor y las rondas de la muerte traen en cualquier circunstancia la vida así, a retazos.

Recordó su primer encuentro con aquel oficial borracho en el bar de Punta Arenas, que casi lo confundiera con un teniente del ejército austro-húngaro por el uniforme... ¡Era nada menos que el tal Novak, que ahora trotaba fugitivo a su lado con la misma derrota montada en las ancas! Popper lo había convertido en el comandante de su escolta personal, uniformada a la usanza militar austro-húngara, lo mismo que el resto de su policía en el Páramo, cuyas armas y uniformes imponían respeto entre sus trabajadores y los indígenas que ya empezaban a tener conciencia del significado de una fuerza armada.

En aquella ocasión el comandante de la escolta de Popper había pagado con una extraña moneda que el dueño del bar no quiso aceptar sin antes haberla pesado en una balanza para oro. Eran exactamente cinco gramos de este metal, acuñados por el anverso con un gran "5" atravesado por la palabra "gramos", y en una orla que decía "Lavaderos de oro del Sud", y en el reverso, "Julio Popper" - Tierra del Fuego - 1889".

Para él fue una sorpresa aquella curiosa moneda, pues se encontraba sin un centavo en el puerto de Punta Arenas, a donde había arribado después de haber rastreado inútilmente por la costa del estrecho de Magallanes, llegando a los placeres auríferos cuando otros ya habían dejado sólo los hoyos.. Conversó con Novak y le atrajo la fama del rumano enriquecido que se hacía llamar el "Rey del Páramo". Alentado por el jefe de la escolta, se enroló en sus huestes; pero, como todos los que andaban tras el brillo del oro, con el secreto propósito de hacerse tan rico como el amo.

En el lugre *María López* surcaron las aguas del estrecho bordeando la Tierra del

Fuego por el Atlántico, y arribaron al Páramo, gigantesca escollera que avanza una docena de kilómetros mas afuera, protegiendo con su brazo de piedra una extensa bahía, San Sebastián, donde el mar sube y desciende más de diez metros de nivel, desnudando kilómetros y kilómetros de gredosas playas bordeadas de dunas y matorrales costeros que dan comienzo a la llanura fueguina cubierta de extensos pastizales de coirón.

Toda la región se conoce con el nombre de El Páramo, y allí, Julio Popper, que fue el primer blanco que atravesó la isla desde el estrecho de Magallanes hasta el Océano Atlántico, había descubierto vírgenes yacimientos de oro en polvo, escamas y pepas. Pero la canaleta corriente, la poruña y la chaya no bastaron a la ambición del afortunado buscador de oro. Observando el gran desnivel de diez y más metros que se producía con las mareas, se las ingenió para aprovechar esta energía cósmica: hizo cavar túneles de siete metros bajo el nivel de la alta marea e inventó un mecanismo de madera que puso dentro de ellos, cuando el mar ascendía, encerraba el agua en estos túneles con sólidas compuertas, y cuando bajaba, liberábalo de su prisión, pero regulando su fuerza de manera que relavara todo el material aurífero acumulado por sus decenas de trabajadores.

El rendimiento de estos artefactos fue tan extraordinario que Popper los bautizó con el nombre de "Cosechadores de Oro" No era para menos; la sementera daba casi media tonelada de oro al año, y con aquel toro cósmico uncido a ese yugo del ingenio humano, Julio Popper podía vanagloriarse de haber sido el primer hombre que haya "arado y cosechado en el mar".

Pero las cosechadoras del rumano audaz prdoucían sólo para su inventor, y los codiciosos aventureros que lo acompañaron en su travesía, con la esperanza de hacerse tan ricos como él, empezaron a mirar con envidia y rencor al amo que se adueñaba de todos los placeres sin dejar un pedazo de terreno donde pudiera prosperar por su cuenta alguno de ellos.

Un día desertaron varios porque llegó la noticia de que en el río Cullen y en los arroyos Alfa, Beta y Gama se habían encontrado otros aluviones auríferos casi tan ricos como los del Páramo. Allí la poruña y la chaya individuales podían hacer prosperar a más de algún buscador de oro en forma independiente, en vez de estar uncido al yugo de Popper, como el mar, para lavarle su oro.

El "Rey del Páramo", sin embargo, no permitió que sus desertores le hicieran la competencia en sus mismas barbas, y empezó a hostilizarlos con su fuerza armada para que abandonaran esos parajes y se los dejaran a sus desmedidas ambiciones. Otros hechos vinieron a agravar los conflictos humanos en esa apartada orilla del planeta. Aprovechando una ausencia del amo, que se había dirigido a Punta Arenas, un grupos abordó al lugre María López, fondeado en la bahía de San Sebastián, y huyó llevándose veinticuatro kilogramos de oro.

Pero el mar no sólo ayudaba a cosechar el oro a Popper, sino que se lo cuidaba como un celoso guardián, más fieles que los hombres al saquear las bodegas del "Rey del páramo", los hechores se llevaron todo el licor que encontraron, lo que redundó en desgracia para ellos. En plena mar, sobrevino una tempestad y como todos estaban borrachos, celebrando la fuga, no atinaron a maniobrar con las velas y el lugre zozobró, llevándose al seno del océano todos sus tripulantes, fondeados definitivamente con los veinticuatro kilos de oro, para ejemplo eterno de las súbditos del "Rey del Páramo".

De regreso a sus dominios. Julio Popper no quedó conforme con esta acción

ejemplarizadora de su fiel aliado el mar, y las emprendió contra los que lavaban oro en los tres arroyos, diciendo que aquéllos eran los culpables por ser una guarida de bandidos y ladrones que había que castigar con dureza aún más ejemplar. Así lo hizo, y colgó a tres o cuatro individuos en los postes que marcaban los linderos de sus pertenencias, poniéndoles un letrero que decía: "Lasciate ogni speranza voi chentrare", la frase de Dante que advertía a los humanos que perdieran toda esperanza al traspasar los umbrales del Infierno. Ni los onas ni los aventureros del arroyo Beta conocían "La Divina Comedia"; pero más elocuente que la lengua de Dante fue para ellos el cráneo mondo de los esqueletos, sobre los cuales se paraban los caranchos ahitos de festín.

Esto era en buenas cuentas lo que les esperaba a Novak, el alemán; Spiro, el italiano, y Schaeffer, el húngaro, por haberse pasado a la partida de los revoltosos en vez de defender las pertenencias del que había confiado en ellos. Sobre todo el fiel Novak, el comandante de su guardia personal, quien había capitaneado en persona la última resistencia de los setenta combatientes del arroyo Beta. Ésta era también la causa de las constantes miradas furtivas de Spiro hacia sus espaldas, aunque ya iban bastante protegidas por las de sus compañeros que seguían su trote.

Schaeffer encogió cuanto pudo los dedos del pie dentro de la bota para calcular la sangre que se había escurrido dentro de ella, y como si al mismo tiempo tratara de evadir ese cálculo, estiró su cuerpo entumecido, levantando una vez más su mirada desde el pie al cielo, de un gris cruel que aplastaba a la tierra.

La cordillera Carmen Sylva disminuye cuando se acerca a la costa oriental de la Tierra del Fuego; sus estribaciones se deshacen en suaves colinas cubiertas de mata negra, calafate y romerillo, ramazones aproximadas para ocultarse. Luego la cordillera se levanta de nuevo en el mogote del cabo San Martín, cuyo acantilado, cayendo a pique en el mar abierto, cierra la bahía de San Sebastián, impidiendo el paso por la playa, de donde se divisa la gran escollera del Páramo como una ola oscura y estática, petrificada en plena mar.

Al internarse por este oasis de protección, la cabalgata disminuyó un poco su trote largo.

-Parémonos a ver lo de la pierna -dijo Novak, y dirigiéndose a Spiro le ordenó con voz autoritaria:- Tú, anda hasta ese cerro, y quédate allí para avisarnos si ves algo.

En un pequeño claro de pampa rodeado de matorrales de mata negra, Schaeffer se desmontó y comprobó por primera vez la importancia de su herida. La bala le había atravesado el muslo por delante, de parte a parte; pero, afortunadamente, no había tocado el hueso. Al atravesar el músculo de soslayo, la herida hacía la veces de un canal de drenaje, que recogía la sangre de los tejidos rotos interiormente y la vertía por el orificio más bajo. Sobre todo, al afirmar el pie en el estribo para sostener el cuerpo en el vaivén del trote, los músculos comprimían la herida y vaciábase la sangre acumulada, en esas ondas tibias e insidiosas que hacían que Schaeffer estirara el pescuezo y la cabeza como un cormorán.

Con los pantalones caídos, el viejo miró por primera vez la entrada y la salida de la bala; estaba desvalido y pálido, con un temblor que cada vez se hacía más perceptible en su labio superior. Pero contuvo el temblor mordiendo el bigote, como hacen los bueyes cuando aprisionan un manojo de pasto entre los belfos. Su rostro era de natural colorado y tumefacto, de nariz algo respingada y alcohólica, en cuya punta pendía casi siempre una gota de sospechosa transparencia. Lo mismo que en los ojos, donde siempre había un brillo humedecido, como si una lágrima indiferente se

hubiera quedado detenida en ellos.

Al recostarse el viejo en la pampa, Novak vio ese rostro pálido, de ojos azulencos, con un resplandor hierático, como si una oculta juventud quisiera asomarse a él. Desató la cantimplora de su montura y le dio algo de agua. Schaeffer, entreabriendo sus labios, bebió un poco de agua; pero siempre manteniendo un pedazo de bigote mordido, como si quisiera agarrarse al él. Novak le quitó el pañuelo azul y rojo que llevaba al cuello, y, rasgándolo, taponeó los hoyos que había dejado la bala y con el resto vendó la herida. La palidez de Schaeffer se acentuó y cerró los ojos. Novak vio que la nariz aleteó, el labio superior volvió a temblar y el resplandor juvenil se acentuó en la ajada cara del viejo. Pero al rato Schaeffer entreabrió los ojos y mirando un poco asustado en su derredor profirió a la sordina:

-Yo creí que me había jodido...

-Estás mejor -dijo Novak con un acento de frío consuelo-; pero debemos movernos de aquí, a un lugar más seguro... Has perdido mucha sangre y no sé si puedas moverte.

-Déjame aquí no más... Si me repongo sigo, y si no, ya estoy viejo para seguir así con ese trote largo.

-Los caballos están casi cortados. Creo que no podremos seguir sin darles algún descanso. Debemos pasar la noche por estos lados y partir mañana antes que aclare.

Novak lanzó un estridente silbido, y Spiro empezó a descender de la cumbre donde atalayaba.

-Schaeffer está mal, creo que no puede seguir de a caballo -díjole.

-¿Y...? -profirió Spiro, con una mueca algo cruel y desagradable. Era un individuo mediano, regordete, de cara redonda, mofletuda y fofa, con ojillos negros y vivaces que aleteaban como dos moscas caídas sobre un pan recién amasado.

Buscaremos un lugar donde poder pasar la noche con más seguridad y veremos mañana para dónde seguimos con los caballos frescos -agregó Novak.

-No se jodan por mí -profirió Schaeffer, medio incorporándose sobre los codos. Luego miró su pierna y vio que la sangre se había detenido algo. Ladeó la cabeza, y desde el suelo sus ojos, escrutaron el rostro de Novak, de mandíbula cuadrada, saliente, largo y anguloso, como todo su gigantesco cuerpo, coronado por algunas mechadas rubias apareciendo debajo de la sebosa gorra de cuero. Había una solidez física en ese andamiaje de huesos y músculos, y el rostro, algo infantil, tenía cierto aire de orgullo y de mando.

A su vez Spiro miraba la herida de Schaeffer parpadeando, como si algo en ella le molestara la vista. De pronto los tres hombres se miraron; es decir, Spiro y Novak miraron a Schaeffer, y éste, desde el suelo, los abarcó en una sola mirada. Los ojos de los tres hombres se separaron luego, como si hubieran tropezado; pero volvieron a reunirse en la sangrante herida. Allí estaban fijos, inclinados sobre la carne por donde atravesó el plomo de la bala, tal vez pensando que en vez de una pierna pudo haber sido alguno de esos tres corazones fugitivos.

-No se jodan por mí... Sigán adelante no más -repitió Schaeffer con voz más entera, pero también más fría.

Spiro y Novak se miraron de refilón, escrutándose mutuamente.

-Tendremos que buscar un lugar lo más lejos del camino para pasar la noche - volvió a decir Novak.

-Si quieren, yo voy a ver por ahí... -dijo en voz baja Spiro.

Novak, desde su altura, pareció escarbarlo con sus ojos grises.

-No -le dijo-, mi caballo es el que está en mejores condiciones. Tú te quedas aquí

cuidando a Schaeffer; yo voy y vuelvo luego.

Spiro hizo parpadear sus dos moscas; miró a Novak, y una sonrisa solapada se arrastró por el pasto hasta los talones del alemán.

-Bueno, anda... -le dijo.

Novak montó y partió, agachándose sobre su cabalgadura, a trote largo.

La lenta penumbra del crepúsculo fueguino empezó a fluir desde el cielo opaco, empalideciendo aún más el rostro de Schaeffer y acentuando la blancura de Spiro. Éste miró a Novak hasta que se hubo perdido entre los lomajes, y luego volvió los ojos hacia Schaeffer; el viejo continuaba como durmiendo.

Voy a vigilar al cerro, por si alguien nos siguiera -profirió con voz aterciopelada, como si no quisiera despertarlo.

-No te jodas por mí -replicó sorprendentemente despierto el viejo, y agregó, mirándolo fijamente:- ¡Agarra t caballo no más y mándate a cambiar!

-Es que...

-¿Que... oí que... Novak ya no vuelve, alcánzalo.

¿Tú crees?

-Te ganó el "quien vive" solamente.

-¿Por qué eres así, Schaeffer?... ¿No crees que vuelva? -Y con voz tan sigilosa como la caída de la tarde, agregó:- ¿Cómo dejarte aquí botado? ¡Te morirías de hambre y frío!

-Antes de eso me despacho de un tiro -y agregó con frialdad:- y pásame la carabina por si acaso...; no temas, no es por si te arrancas; la puedo necesitar luego.

-¿Arrancarme, dijiste?

-No disimules..., llegas a saltar por seguir detrás del otro.

-No, Schaeffer, no te paso la carabina...

¿Por qué?

-Puedes hacer una tontería..., hay que aguantar hasta el último... ¿No crees que Novak vuelva?

-¿Por qué te preocupas tanto de Novak? ¡Preocúpate de ti!

-Es que a veces, tú sabes, Schaeffer..., las circunstancias... Si supiera uno cuándo va a fallar, le quitaría el cuerpo, por anticipado.

-Vete no más, y déjame la carabina... Novak ya no veuve para que me la pase...

-¿No vuelve, dices tú, Schaeffer? No, no... ¿sí vuelve! No te paso la carabina, puedes hacer una tontería antes de tiempo...

-Entonces déjame dormir! -dijo el viejo algo quejosamente, y se acomodó, recostándose sobre la pierna sana.

Aunque cortas, las noches fueguinas en noviembre son todavía intensamente oscuras, sobre todo cuando por los cielos se corre ese telón de nubes que ensombrece a la tierra. Como la noche, Schaeffer cayó pesadamente dormido.

Despertó cuando Novak lo remecía por un hombro preguntándole por Cosme Spiro. Éste no se hallaba por ninguna parte, había huido, y mientras que con una mano había dejado la carabina de caño recortado junto al viejo, con la otra le había llevado su yegua con montura y todo.

\*

Novak había encontrado un buen refugio entre un grupo de rocas volcánicas cerca de la costa, y esa misma noche condujo a Schaeffer hasta allí. El montón pedregoso había dejado una especie de cueva, donde las boñigas demostraban que los

guanacos la usaban de guarida contra el mal tiempo.

-Da lo mismo... que se haya quedado o arrancado cobardemente! -dijo Schaeffer, comentando días después con Novak la fuga de Spiro.

-No es lo mismo -replicó-; cuanto antes se descubre un traidor, mucho mejor.

-Yo dudaba de ti -dijo el viejo con parsimonia-; pero de Spiro estaba seguro de que se iba a arrancar. No hay más que ver a los hombres en la cara. No me engaño, lo único que me jode es que se haya llevado a la "Molly". Sin mi yegua, ¿qué voy a hacer cuando me reponga?

-Veremos... -profirió Novak.

Al poco tiempo, Schaeffer se había repuesto bastante de su herida. Sobre una roca de la playa cercana, Novak había hallado una costra de sal marina, y llevándola para asar las aves que cazaba, sirvió también para desinfectar la herida del viejo, que con ayuda del sol y del aire costero fue cicatrizándose.

"¿Por qué éste se preocupará de mí?", se preguntó más de una vez Schaeffer, sin sospechar que la formación militar del alemán, ex sargento de artillería, lo impulsaba a salvar al herido en la refriega. Friz Novak llevaba adentro el milico, y si había organizado el combate en contra de Popper, era porque éste se había comportado como un tiranuelo feudal con su tropa, de la que Novak era comandante.

En cambio, la vida maltratada de Schaeffer, desde su lejana infancia en que tuvo que abandonar su "puszta" para emigrar a América, lo había dejado curtido ante la conducta de sus semejantes. Para él, todos los hombres eran más o menos lo mismo, especialmente los que andaban corriendo en tropel detrás de las pepas de oro. De cada uno de ellos podía esperarse tanto un bien como un mal, todo dependía de las circunstancias en que se encontraran. Así se lo había enseñado la vida, y así tenía que ser. Así era él también; nunca se consideró ni más ni menos que los otros, y por eso mismo le intrigaba el proceder de Novak. En su fuero interno Schaeffer consideraba más lógico el comportamiento de Spiro, que arrancó del peligro dejándole su carabina para que se suicidara, pero robándole la yegua que le servía de refuerzo en su fuga.

Sin embargo Novak, el duro y a veces cruel comandante de la fuerza armada de Julio Popper, lo había acomodado sobre su caballo y cabestreándolo cuidadosamente para que no se desangrara, lo condujo hasta esa cueva entre las rocas. Todavía recordaba el lejano piar de las gaviotas y el graznar de los cormoranes, que en medio de la noche los guiara hacia la costa. Al día siguiente, Novak comprobó que el piar provenía de un "roquerío"; entre el cantil con que terminaba la pampa y la línea de la pleamar, se levantaba un extenso planchón de toba, donde millares de gaviotas habían diseminado sus nidos, poniendo sus huevos en los hoyuelos hechos en la toba por la acción de las ventiscas. Con el pañuelo que llevaba al cuello, Novak le traía una buena provisión de huevos, que él se encargaba de hervir para ambos en la marmita. Estos huevos de gaviotas y de cormoranes en plena postura fueron la salvación definitiva de Schaeffer. "¡Tal vez por eso no se habrá ido todavía -pensaba el viejo-: porque encontró comida!"

Una mañana Novak cazó una guanaca parida, con su "chulengo". Comieron asado el animalito, tan tierno como un cordero, y de la guanaca hicieron charqui que secaron sobre las piedras al sol y al aire marino. La vida se estaba presentando fácil para los dos hombres refugiados detrás del cabo San Martín, tan apropiado con su peñón que caía a pique mar adentro impidiendo todo paso por la costa.

Poco a poco Schaeffer fue arrastrándose fuera de la cueva para defender a rebencazos contra los caranchos la carne de los guanacos que de tarde en tarde caían bajo la buena puntería de Novak. Juntaba mata negra para hacer fuego y atendía

otros quehaceres de la cueva mientras Novak salía para aprovisionar la despensa, nada difícil en aquella época, pues la primavera fueguina estaba en todo su ubérrimo apogeo.

Avutardas y caiquenes, estos últimos tan grandes como gansos, empezaban a llegar a millares en sus largos vuelos migratorios desde el norte, para empollar en la Tierra del Fuego, y más tarde, con la llegada del invierno, regresar con sus polladas a climas más benignos. Rosados flamencos y diferentes variedades de patos poblaban también las lagunas y riachos que se deslizaban por las pampas, entre los suaves lomajes de abundante y crecido pasto coirón.

Como una mariposa que abandona la inútil cáscara en que fue crisálida, el espíritu de Schaeffer fue saliendo de su amargo maltrato y encontrando que la vida en esos páramos no estaba del todo mal. Ambos hombres hacían libremente lo que les daba gana, cambiando sólo las palabras necesarias para vivir una buena compañía. La Tierra del Fuego también se transformaba a tono con sus espíritus, saliendo del invierno, que es también una dura derrota bajo la gruesa costra de nieve y hielo. El pasto coirón, la gramínea única, cuyo metabolismo le permite vivir bajo la nieve, había resurgido de nuevo para solaz de guanacos, cisnes avutardas, patos y caiquenes. En la costa, las gaviotas ofrecían sus huevos del tamaño del de una gallina, pero jaspeados de café y celeste, como flores de loza sobre la oscura toba, y hasta las manadas de focas empezaban a inundar los roqueríos y arenales con sus cachorros paridos en las loberías del Cabo de Hornos.

Pero de tarde en tarde, en medio de aquellos días de placidez y ocio, Novak y Schaeffer levantaban de pronto sus cabezas por entre las piedras de su guarida y miraban en su derredor como un par de focas desconfiadas. Siempre tenían remor del "Rey del Páramo".

Además, sabían que aquello no iba a ser eterno; que el invierno volvería a humillar la tierra; que un día caiquenes y avutardas emprenderían su vuelo de regreso a otras tierras y hasta los guanacos se harían más escasos. ¡Y ellos!... ¿Adónde? ¿A qué parte? ¿Conqué alas?

-¡Caracol, caracol, saca tus cachos al sol! -decía Schaeffer cada vez que había buen tiempo y podía poner su herida ante el eterno curandero de la tierra.

En cuanto pudo caminar, usando de bastón su carabina, se dirigió a la playa a respirar a pulmón lleno las brisas del mar. Una mañana dio un largo paseo hacia el norte, a través de las dunas que marginan la pampa antes de que se eleve el acantilado del cabo. Otro promontorio se levantaba entre la pampa y el mar, en medio de la ancha playa de dunas y cascajo, como un castillo medieval solitario, con mata negra sobre su cumbre y arbustos y flores costeras que descendían como enredaderas por sus costados. Para probar la curación de su pierna se dirigió hasta allí y emprendió su ascensión; desde la cumbre se divisaba la lejana escollera del Páramo, y hacia el sur, la playa arenosa que ondula ligeramente hasta dar con el lejano peñón de cabo Domingo. El Atlántico austral se perdía como una llanura verde gris hacia las regiones antárticas, y la pampa, con llanuras verde amarillas, hacia los azules cordones serranos de Carmen Sylva; las dunas festoneaban de gris estas dos inmensidades, y de blanco las espumas de las olas, que como rosas iban a deshojarse en la ancha playa de cascajo.

De pronto, al recoger la vista desde la llanura oceánica, sus ojos tropezaron con otra blancura en medio de la grisácea playa, cual el armazón de una nave encallada. Le extrañó la forma del cuadernaje y al observarla mejor descubrió que se trataba del esqueleto de una ballena enorme, blanqueado por la intemperie.

**Volvió a mirar hacia los confines del mar antártico, donde estaba el país de la ballena, y recogió de nuevo la vista, como siguiendo la ruta del cetáceo, hasta el almacén de huesos empotrado en medio de la ancha playa de cascajo.. Miró luego los contornos pampeanos, el arcilloso paredón con que el cantil de la pampa se iba elevando hacia el cabo, las dunas como un mar más quieto y el promontorio bajo sus pies. "¡Así también pudieron quedar tirados mis huesos en esta última orilla del mundo!", pensó, con cierta desazón, y emprendió el camino de regreso.**

**Una brisa humana en la que hacía mucho tiempo no se refrescaban sus corazones fue poco a poco invadiendo la vida de aquellos dos hombres en ese apartado rincón de la orilla oriental de la Tierra del Fuego.**

**A menudo iban a cazar focas de un pelo que llegaban con sus cachorros desde el mar austral. Sus pieles les servían de abrigo y de alimento la carne de los animales nuevos, muertos de un solo garrotazo en la trompa.**

**A medida que avanzaba la empolladura, los huevos comestibles de gaviotas se habían hecho más escasos, y éstas, peligrosas en la defensa de sus nidos. Mientras uno se agachaba a recoger los huevos, el otro debía estar borneando permanentemente un rebenque o un palo para defenderse de las aves que furiosas se lanzaban en bandadas contra los que les robaban. Eran millares de aves, que tachonaban el cielo de aletazos y graznidos y que en ocasiones se volvían tan amenazantes que tenían que suspender la recogida y colocarse espalda contra espalda para poder defenderse a rebencazos, de los picotazos.**

**Pero las avutardas y caiquenes reemplazaron con creces a las gaviotas, llegaban también por millares, y entre el pasto coirón los nidos abundaban con quince, veinte y más huevos cada uno, del tamaño de los de un ganso los de los caiquenes y del de una gallina los de las avutardas, y del mismo sabor que los de esas aves de corral. El caiquén era fácil de cazar, pues dejaba que se le acercaran de a caballo, pero no de a pie.**

**Un pedazo de charqui compartido junto al fuego, el caballo que les servía en común, todo fue estrechando cordialmente la vida de estos hombres. En otros momentos vagaban con ese permanente instinto del buscador de oro, cuyos ojos nunca están ociosos a la vista de las rocas, gredas o arenas.**

**-El otro día divisé un esqueleto de ballena en la playa que está cerca del cabo -dijo Schaeffer con parsimonia-, y se me está poniendo en la cabeza la idea de traer unas costillas para hacer un reparo para el viento frente a esta cueva, y también podríamos ponerlas afirmándolas a la entrada, con unos cueros encima; no pasaría el viento ni la lluvia.**

**-Bueno sería; ¿pero piensas quedarte toda la vida en esta cueva? -dijo Novak.**

**-Mientras haya algo de comer, creo que estamos mejor aquí...**

**-No pienso terminar como un indio oná debajo de una carpa de cuero de lobo.**

**-Creo que hay que seguir por aquí.**

**-¿Para qué?**

**-Buscando oro.**

**Novak levantó la cabeza; era la primera vez que se mencionaba la palabra oro desde que estaban allí, y hasta le extrañó que Schaeffer lo nombrara.**

**-Tal vez sí; pero en otros lugares de la isla. Popper se ha adueñado de toda esta costa y piensa seguir más al sur con otra expedición por su cuenta... ¡Pensar que le guardé las espaldas desde que atravesamos por primera juntos la isla matando indios!**



**¡Y ahora escondiéndome como un ratón para que no me cuelgue de sus postes!**

**-Nunca debimos meternos contra él... ¡Hay que aullar siempre con el lobo, nunca contra el lobo!... -profirió Schaeffer, atizando unas pocas brasas que quedaban entre la ceniza apaegada a la piedra.**

**-Yo había aullado bastante con el lobo, mandándole su fuerza armada para que otros le lavaran oro. ¡En dos años casi media tonelada de oro en pepas y polvo! ¡Y al final para que me diga: éste es tu sueldo como comandante del escuadrón, tirándome unas monedas fabricadas por él mismo!**

**-Era de oro macizo y valían lo que pesaban, no como las que hacen los gobiernos.**

**-¿Pero quién lo autorizó para acuñar monedas por su cuenta y pagar a su gente con ellas? ¿Y su retrato en las estampillas del correo que inventó? ¿Y sus leyes arbitrarias y esa milicia uniformada como si fuera un verdadero rey? ¿Quién le dio esa potestad?**

**-Tú mismo... Te gustaba mandar soldados como cuando eras sargento, uniformarlos para que te llamaran comandante y tú te sintieras como un general -dijo Schaeffer, sonriendo con sarcasmo.**

**-Lo hice para que nos respetaran los indios.**

**-Después de los indios nos tocó a nosotros, para que trabajáramos. Tú le ayudaste en esa jodienda porque creíste que te iba a dar una buena tajada; pero como no te la diera, te pusiste en su contra y me metiste a mí en la colada. ¡Y pensar que con los mismos monigotes que tú inventaste nos jodió a nosotros!...**

**Schaeffer se refería a la pintoresca estrategia usada por el "Rey del Páramo" para mostrar su "ejército" mucho más grande de lo que era, a los ojos de los aborígenes y de las partidas que siempre merodeaban por los contornos del Páramo atraídas por la codicia del oro. Novak mismo había fabricado unos muñecos de paja: vestidos con el uniforme de la milicia y amarrados a las monturas de los caballos eran cabestreados en fila por un solo jinete por los linderos de sus dominios, con una carabina de madera terciada a la espalda. Desde lejos parecían verdaderos soldados de caballería, con la ventaja de que una bala podía atravesarles el corazón sin derribarlos... "Parece que esos soldados estuvieran enfermos... ¿Por qué llevan la cara tapada?", dijo alguien que los observó desde lejos, y llegó después a trabajar a los yacimientos del Páramo.**

**Entonces Popper les hizo pintar unas máscaras y se las puso entre mechones de pasto coirón. Schaeffer se sonrió con amargura al recordar que muchas veces, por orden del "comandante", tuvo que cabestrear a los monigotes, haciéndolos trotar para que parecieran más vivos.**

**Lo que más fastidiaba a Novak en sus recuerdos era que los mismos monigotes inventados por él habían servido después para derrotar sus fuerzas en la refriega del arroyo Beta. Conociendo la treta, había descuidado su frente y reforzado su retaguardia; pero en vez de monos de paja, Julio Popper en persona y con todos sus hombres se había dejado caer por delante, mientras los monos rodeaban a los lejos los flancos. Sus hombres, confundidos, no supieron hacer frente en buena forma y sobrevinieron el desbande y la derrota.**

**Al día siguiente, Schaeffer ensilló el caballo que servía a ambos, y se dirigió a la playa para poner en práctica la idea del reparo de costillas de ballena para el viento y la lluvia.**

**Cuando se acercaba a la osamenta, el caballo empezó a resoplar, desconfiando de aquel extraño andamiaje tan blanco, y luego, más cerca, se retacó del todo. Al espolearlo Schaeffer, dio un brinco de lado que casi lo volteó. Se bajó, le ató las**

maneas y se dirigió hasta el esqueleto.

De cerca impresionaba aún más la grandeza de aquellos huesos, que todavía conservaban íntegra la forma del gran cetáceo, que por lo menos debió haber tenido unos treinta y cinco metros de largo. Los huesos de la cabeza semejaban un gigantesco carro romano, el tórax del cuadernaje de un barco, y las vértebras de la cola, una serpiente monstruosa que se enterraba en la arena.

Schaeffer se paseó un rato dentro de la arcadería, estirando los brazos hacia arriba, calculando asombrado las dimensiones del animal, a pesar de que las vértebras estaban a medio enterrar entre el cascajo y la arena. Miró una por una las costillas, y saliendo del interior del esqueleto empezó a remecerlas para obtener lo que se proponía. Estaban muy firmes; pero una de ellas cedió ante los remezones de costado; los bordes afilados fueron abriendo un hoyo hasta que, colgándose de un extremo, logró zafarla. El viejo se secó del sudor después de la tarea y se sentó sobre la misma costilla, poniéndola a manera de curvada banca sobre la arena. Pensó en descansar un rato y luego en conducirla hasta donde estaba maneado el caballo; la amarraría al pegual con el cabestro, si no podía llevarla sobre el morrén de la montura, y la arrastraría hasta la cueva. Un día una y otro día otra, hasta construir en buena forma el reparo.

Contempló su chaquetón de cuero tirado en el suelo. Se lo había sacado para trabajar en la costilla; estaba raído y había perdido su color café; más parecía un pedazo de su propia piel, también descolorida y agrietada por la intemperie de aquellos páramos. "¡No poderse sacar los lomos -pensó- y renovarlos!"

De súbito sus ojos se aguzaron como los del gato cuando vislumbra la cola del ratón; se los restregó, como si tratara de despertar de una visión, y, levantándose sigilosamente, con paso felino, también, se acercó cuidadosamente, como hipnotizado por lo que veía sobre su raído chaquetón. Era una arena negra que había saltado desde el fondo del hoyo al desprenderse de un tirón el hueso de la ballena.

La tomó temblorosamente entre sus dedos y la escarmenó; casi sin dar crédito a sus ojos, sus dedos reconocieron el fierrillo, la característica arenilla negra en cuya vecindad se encuentra generalmente el oro. Todo el desamparo de aquel apartado paraje se convirtió para Schaeffer en el más hermoso y atrayente lugar de la tierra.

Acaricieando el fierrillo en el hueco de la mano se acercó al hoyo de donde había salido; la arena y el cascajo ya lo habían cubierto de nuevo. Entonces se puso a escarbar con las dos manos, como si quisiera abrirse un camino a través del corazón de la tierra.

Al llegar al fondo sus manos se detuvieron como si hubieran asido el mundo; sus dedos palparon cuidadosamente bajo tierra, reconociendo allí la aterciopelada tersura del fierrillo, el óxido hierro magnético, las negras arenas que hicieron desorientar las brújulas de la flota de Nassau, los primeros barcos que anclaran detrás del Cabo de Hornos.

Schaeffer hundió cuanto pudo la mano, hasta tocar el borde de la vértebra de donde se había zafado la costilla, y como con una poruña fue extrayendo el sugestivo material. Volcó parte de él en la palma de la mano, y con religioso respeto empezó a removerlo, como si su mano fuera una diminuta chaya. Examinó minuciosamente hasta el último grano de arena, pero... no había oro, era puro fierrillo. Con aletargado ademán, como si no quisiera dejar escapar aún esas arenas, entreabrió los dedos y dejó escurrir la arenisca, que fue aventada por la brisa. En su derredor, el paraje volvió a su desamparo, la playa se le hizo más grisácea, hostil el mar con su cabrilleo acerado, y el cielo, a pesar de los lampos que el viento abría, arreando nubes en lo

alto, era un ojo despiadado contemplando esa realidad.

Pero Schaeffer continuó escarbando, ya con su cuchillo, ya con sus uñas, como un topo asustado que buscara refugio. Se detenía sólo para enjugarse el sudor o cuando estaba agotado; aprovechaba esos instantes para batir de nuevo las arenas en su mano; pero, comprobando su fracaso, las arrojaba de nuevo profiriendo con desánimo:

**¡Puro fierrillo!**

A media tarde, porque no tuvo hambre ni se dio cuenta del paso del mediodía, se puso a remover otra de las costillas, con el mismo resultado; ya agotado y enrabiado, intentó con otra más pequeña. El sol, siempre avanzando entre claros de cielo y bancos nubosos, como el ánimo del hombre, iluminaba y oscurecía los contornos del lugar.

Cansado, con los nervios hechos pedazos, se sentó una vez más sobre una costilla puesta a manera de banca. Sintió por dentro una inanición puesta a manera de banca. Sintió por dentro una inanición semejante a la de la noche en que la bala le había atravesado la pierna. Miró su chaquetón de cuero, tan arrugado como un trapo viejo, como él lo estaba por fuera y por dentro. Pero, recuperándose, se arrodilló de nuevo a escarbar, como si la vida le fuera en ello.

La gran pepa de oro del sol empezaba también a batirse en retirada hacia la negra arena de la noche, cuando sus últimos y alargados rayos se cuajaron en unas lucecillas más amarillentas sobre la palma de la mano de Schaeffer. ¡Eran escamas de oro, que al soplo de su aliento habían quedado liberadas de la sombra del fierrillo sobre su rugosa piel!

Se quedó un buen rato mirándolo, hasta que la gota de dudosa transparencia que siempre asomaba por la punta de la nariz se hinchó y cayó, descuajándose sobre las escamas de oro. Se restregó los ojos, no ya para dejar de ver visiones, sino porque lloraban. Hacía muchos años que no lloraban aquellos ojos.

El sol, ocultándose, dejó también grandes pepas de oro en el borde de la chaya del horizonte: eran dorados cúmulos con que el crepúsculo fueguino encendía sus siempre cambiantes fantasmagorías.

Pero Schaeffer no vio la puesta del sol; para él, el sol continuaba en su mano, era su mismo color, el del más codiciado y maleable de los metales.

Si Julio Popper había inventado su famosa cosechadora de oro, unciendo el toro del mar al yugo de su ingenio, la naturaleza, en aquella apartada orilla de la Tierra del Fuego, había fabricado también su propia cosechadora.

Era un fenómeno natural de la Tierra del Fuego, pues mientras las pepas y escamas de oro son arrastradas en otras partes por los ríos, que las arrancan de sus lechos de cuarzo, en las costas fueguinas son arrastradas por la fuerza de las olas, que las arrancan tanto del lecho oceánico de la orilla, el extenso veril del Atlántico, como de los acantilados, en las altas mareas.

Por algún fenómeno de sollevamiento, característico también de la orilla oriental de la Tierra del Fuego, el mar se había desplazado dejando empotrado en mitad de la extensa playa el esqueleto de la ballena. Pero antes, quizás por cuanto tiempo, el andamiaje de huesos, las costillas y las grietas de las vértebras, habían hecho el papel de una curiosa canaleta lavadora de oro.

Con el providencial hallazgo, la vida de los dos hombres cambió súbitamente. Las primeras pepas y escamas sirvieron para que Novak bajara hasta el puerto de Río

Grande, hacia el sur, y adquiriera las herramientas, iguales a las que habían sido abandonadas, con el desastre, en el arroyo Beta. También se aprovisionó de víveres y tabaco, para variar lo que les brindaba la naturaleza. Un caballo y un avío malvinero para Schaeffer sirvieron para transportar esta carga.

Pero la brisa humana empezó a alejarse una vez más de esos corazones...

-Según la costumbre, a ti te corresponde la tercera parte -dijo Schaeffer, cuando con las herramientas traídas por Novak organizaron el trabajo en común que repartieron el primer producto.

-¿Por qué? -inquirió asombrado, Novak.

-Porque yo encontré el yacimiento...

-¿Yacimiento le llamas a eso? ¡Unos cuantos huesos de ballena que han recogido el oro tirado por el mar a la playa!

-Como sea, eso es mío. El esqueleto lo encontré yo y los huesos y todo lo que hay debajo de los huesos me pertenece. El resto de la playa puede ser toda tuya y podemos trabajarla a medias; pero esto no. ¡Bonito sería -continuó Schaeffer, con desacostumbrada locuacidad- que si mañana tú tropiezas con una pepa de oro en tu camino y yo voy detrás, tuvieras que compartirla conmigo! ¿Lo harías?

-No es lo mismo.

-Es...

Novak lo miró de alto a bajo. Medía más de un metro noventa, y su rostro cuadrado, de mentón salidizo, con sus ojos oscuros, infantiles, hizo una mueca triste, pensativa.

-Sé lo que estás pensando -profirió Schaeffer con una sonrisa entre pícara y cruel-, ¡A mí, que te salvé la vida, me pagas así! Te la puedo devolver, si quieres, cóbrala; pero el oro se reparte así.

-¡La vida no se cobra, menos la de un bribón como tú! -vociferó Novak, más con amargura que con rabia.

-Sí, es cierto, no se cobra; pero el oro sí.

Novak pensó en partir, y lo hubiera hecho si los reglamentos militares no le hubieran enseñado a reflexionar un poco ante una situación. No había que abandonar nunca todo el campo al enemigo, así. ¡Era lo que hubiera querido Schaeffer, quedarse solo con todo el oro! Se quedó; pero aquella brisa no volvió jamás a refrescar sus corazones.

Poco pasaban juntos, ahora, en la cueva, que Schaeffer había acondicionado con un buen reparo para el viento y la lluvia, como lo había ideado, con las costillas de ballena y cueros de lobo encima. Como dos fieras desconfiadas, volcaron todas sus energías en el trabajo de lavar oro de la mañana a la noche. Se miraban, recelosos, hasta en las faenas de acarrear agua para sus chayas, y sólo por necesidad cambiaban algunas palabras bajo la carpa de cuero de lobo, entre las piedras.

Después de cada jornada, en una balanza que se habían fabricado con dos palitos, hilos de nervio de guanaco y dos platillos del mismo cuero reseco, se repartían el oro en las partes proporcionales acordadas por Schaeffer. Si a veces la antigua brisa cordial se acercaba a orear a aquellos hombres, pronto era alejada por el recuento del oro en la balanza.

En unas pocas semanas los alrededores fueron totalmente excavados, removidos, desarticulada vértebra por vértebra la osamenta. No quedaba ya un puñado de arena ni de cascajo que no hubiera experimentado los vaivenes soslayados de las chayas, cuando Novak exclamó, al final de un día:

-Yo me voy de aquí; esto ya no da para más.

-Sí, no da más -ratificó Schaeffer.

Ambos se quedaron un rato de pie, asombrados de todo el cascajo y arena que habían excavado a gran profundidad, y la forma cómo habían desarmado y transportado los pesados huesos de la ballena.

-¡Casi dimos vuelta toda la playa! -profirió Schaeffer, como último comentario, antes de que se alejaran.

Esa misma tarde, en la cueva, pesaron todo el oro que habían obtenido.

-Habrá cerca de un kilo! -exclamó Schaeffer, con ojos brillantes de codicia, sopesando su bolsa de cuero en la mano.

-No estuvo del todo mal -dijo Novak, depositando la suya debajo de sus cobertores de cuero de guanaco y foca.

Schaeffer, en cambio, metió su bolsa de oro en uno de los grandes bolsillos de su chaquetón de cuero y, perezosamente, salió por debajo del toldo de costillas de ballena recubierto con cueros de lobo marino.

Cada vez que se repartían el oro después del trabajo de cada día, Schaeffer hacía lo mismo. Salía de la cueva, se demoraba un rato por la pampa y regresaba, sacando de nuevo la oscura bolsa de cuero del bolsillo del chaquetón y dejándola caer ostentosamente sobre sus cobertores, algunas de cuyas puntas se mezclaba con los de Novak en la estrecha caverna bajo la piedra.

Notoriamente, los caiques y avutardas ya habían empezado a concentrarse en grandes bandadas en los terrenos pastosos y llanos. Una mañana ambos hombres contemplaron con cierta desazón cómo una de ellas se levantaba de pronto y, formando un gran triángulo, con tres machos de guía como tres puntos suspensivos al frente, emprendía su vuelo emigratorio hacia otras lejanas regiones; habían ya criado sus polluelos entre los coironales fueguinos y se los llevaban, anunciando con su viejo instinto la cercanía de las primeras ventiscas otoñales.

-¡Hay que irse junto con estos caiques! -dijo Novak.

-¿Para dónde piensas cortar? -profirió Schaeffer con frialdad.

-Para el norte, hacia donde van ellos... Allá está la vida.

-Pero la vienen a buscar acá -dijo sonriendo el viejo por lo bajo.

-Cruzaré el estrecho de Magallanes y en Punta Arenas tomaré el primer barco que zarpe; siempre lo haré hacia el norte, por cualquier lado que sea.

-Yo me voy a Río Grande. También trataré de salir de esta isla; ya está bueno aquí -suspiró Schaeffer.

Un pesado silencio embargaba a los dos hombres la víspera de la partida. Comieron juntos, como lo hacían antes, un pedazo de charqui de guanaco asado y unos mates. Hacía mucho tiempo que ya no había huevos de caique ni de gaviota. Algo había entre ellos que no los dejaba hablar, pero tampoco levantarse junto a la fogata; ésta era misérrima, más cenizas que brasas, como es el rescoldo que queda de la mata negra, arbusto inútil, de ramas débiles y huecas, con un corazón reseco y poroso como el corcho; pero que, sin embargo, se mantiene en los páramos fueguinos.

Con la penumbra crepuscular penetraron silenciosamente a acostarse, como todas las noches, bajo la cueva de piedra. Al rato, el viejo roncaba plácidamente; pero, en cambio, Novak no podía conciliar el sueño.

Oscuros pensamientos empezaron a vagar por su mente; iban y venían, acentuando en cada regreso su oscuridad. Por alejarse de ellos, empezó a recordar los pasos que lo llevaron hasta ese apartado rincón del planeta. Los recordaba como

recuerdan todos los hombres en la sombra, desvelados, pisando a grandes zancadas en el pasado, sobre pilotes azarosos, iluminados aquí y allá por la memoria con las ocultas razones que la llevan a vagar por el espeso mar del olvido.

Se había venido de Europa como sargento artillero, a cargo de una batería de la casa Krupp, que debía competir con la de Schneider y otras firmas armamentistas en las afueras de Buenos Aires, para una propuesta del gobierno argentino. Siempre tuvo una imaginación un poco infantil, como son a menudo las estratagemas guerreras, y en esa ocasión se le ocurrió una superchería para que su cañón y sus proyectiles superaran a los competidores. En la noche se las ingenió para regar con kerosene los blancos que le correspondían. Al día siguiente, en la prueba ante las autoridades militares, sus proyectiles no sólo destruyeron los objetivos, sino que además incendiaron los blancos.

Un compatriota lo tentó, ofreciéndole el puesto de administrador en una estancia de Las Heras, en la Patagonia argentina, y se vino al sur, a militarizar la ganadería. La estancia era muy modesta y no compensó las ambiciones del sargento Fritz Novak, que se imaginó vivir como un rey en sus dominios, como lo eran en la realidad los administradores de los grandes establecimientos de las compañías inglesas. Pero él era alemán, y siempre los alemanes han andado a la zaga de los ingleses en sus colonizaciones.

Por esa época ocurrió un hecho en las costas de más al sur de la estancia donde trabajaba: un cúter lobero que navegaba frente al dilatado y bajo candil de la costa patagónica, en busca de la boca oriental del Estrecho de Magallanes, fue sorprendido por un temporal y arrojado a la playa del cabo bautizado por Hernando de Magallanes con el nombre de Once Mil Vírgenes; los náufragos, al abrir un pozo en busca de agua, se encontraron con que aquel lógamo contenía abundantes partículas de oro puro. La desgracia del naufragio se convirtió en golpe de suerte y la noticia del descubrimiento se expandió por el mundo. De todos los rincones de la tierra llegaron los eternos aventureros en busca del preciado metal. La "Zanja a Pique", que así se llamaba el lugar, por los altos paredones con que la pampa se cortaba en la playa del Atlántico, se convirtió de la noche a la mañana en un campamento improvisado, donde se toparon individuos de todas las nacionalidades. Pero uno, por sus conocimientos y audacias, se destacó entre ellos: fue el ingeniero rumano Julius Popper, "don Julius", como le empezaron a decir desde que se toparon con su personalidad. Popper estaba en las riberas del Yang Tsé cuando supo la noticia del oro, y como una golondrina se Salang emprendió inmediatamente el vuelo desde la milenaria China hasta la virgen Patagonia. el sargento novak también dejó su estancia y emprendió corto vuelo de las heras hasta la "zanja a pique". Ésta dio bastante oro; pero no tanto como para que luego empezaran defenderse balazo pertenencias. Julio Popper levantó la vista por sobre el Estrecho de Magallanes y su ojo de ingeniero le hizo ver que las costas orientales de la Tierra del Fuego, que quedaban al frente de la "Zanja a Pique", eran de la misma formación ideológica.

Buscó entre aquellos aventureros s los más audaces y decididos -por eso también le devolvieron después con rebeldía el acierto de su selección- y organizó con ellos una expedición a la Tierra del Fuego. Fueron los primeros hombres que a sangre y fuego atravesaron el Onasín, como llamaban los indios onas a su país, dejando tras de sí, como huella del primer contacto con la civilización, los cadáveres de esos aborígenes.

Con la experiencia recogida en la "Zanja a Pique", Popper organizó, inmediatamente que descubrió el oro del Páramo, una guardia armada, a cuyo mando

puso al ex sargento alemán Fritz Novak, que había caído predestinado para tan alto cargo.

¿Qué había obtenido él de todo eso? ¡Sólo una vida de peripecias y peligros por guardarle las espaldas al amo! Porque apenas tuvo su fuerza armada, Popper se había convertido, como él mismo se llamaba, en el "Rey del Páramo". ¡Él, que fue algo así como su segundo, ahora escondido entre las piedras, como un ratón!

En su mente surgió nítida la imagen del rumano: ancha la frente, de un blanco azulado el rostro, con bigote y barba rojos, nariz recta, algo roma, ojos verdes, culebrinos y de una acerada indiferencia al mirar. Una voz imperiosa completaba la imponencia de su figura elevada y robusta.

Le parecía escuchar todavía aquella voz, acompañada de los ojos centelleantes, cuando arengaba a su tropa, frente a la cual él, Novak, permanecía de pie, cuadrado como un perfecto comandante: "¡Soldados: las dos fuerzas motrices que mueven a la sociedad humana son el hambre y la cárcel, como el pedazo de carne y el garrote frente al perro; no somos más que eso, señores: necesidad de alimentarnos, de defender nuestras vidas, de procrearnos en el vientre de las mujeres!... ¡El hambre obliga al hombre a comer y la cárcel a trabajar para que no robe su comida! ¡De modo que siempre hallaremos en el fondo un estómago vacío, base de todo esfuerzo! ¡Pero el hombre debe superarse a sí mismo y sólo en él encontrar su propia salvación! ¡Mirad aquella bandera que eleva invencible el blanco de la justicia que guía nuestras armas y el azul del cielo que protege vuestros pasos! ¡Los hechos heroicos que os eleven quedarán por sobre todas las riquezas materiales!"

Entendieran o no lo que decía, como las frases en italiano con que colgaba a los desertores, el hecho era que todos, incluso él, se sentían dominados por la presencia tanto como por la peroración de aquel hombre.

"¡Claro -pensó Novak en la sombra, bajo la piedra-, era muy buena filosofía para él: los hechos heroicos para unos y para el amo las riquezas por las que tenía que elevarse para conquistar el cielo! ¡Bribón!, murmuró para sí, cuando recordó la escena final en que él desenvainaba el sable después de la penal en que él desenvainaba el sable después de la peroración y al unísono con su tropa contestaban la arenga del amo: "¡Con usted hemos vivido; moriremos si usted muere!"

Repitió las frases creadas por el mismo Popper y que él tuvo que enseñar a los soldados para que las repitieran en coro como un juramento al jefe... "¡Con usted hemos vivido; moriremos si usted muere!..." Dio un suspiro profundo, de rabia y compasión por sí mismo. ¡No había sido más que un pobre tonto que sirvió para atemorizar a otros más tontos! ¡El rumano lo había manejado como uno de esos fantoches de paja que él mismo fabricara para engañar a indios y zarrapastrosos! ¿Tenía que ser la vida así: el hambre y la cárcel para que el hombre no robara su comida y tuviera que trabajar, que producir? ¿Había en el fondo de todo esfuerzo un estómago vacío?

El viento del oeste empezó a soplar con fuerza en la alta noche; su ancho látigo se rasgó ululando entre las aristas de los huesos de ballena a la entrada de la cueva y un cuero de lobo, suelto, empezó a retumbar sordamente como un tambor entre las costillas del cetáceo.

Schaeffer tuvo un leve despertar con el retumbo, emitió un quejido y se dio media vuelta en su camastro de pieles; al rato proseguía roncando.

¡La vida era igual en todas partes!, volvió a decirse Novak con su lenguaje silencioso entre las sombras. ¿Acaso no había servido él lo mismo que en la tierra del Fuego en otro ejército más grande que de vez en cuando también servía para

contener a palos y metralla al pueblo hambriento que quería lanzarse a quitarles su mascada a los ricos? ¡También había allá, en otras playas, comandantes de grandes fuerzas armadas, manejados como fantoches por algunos amos habilidosos que fabricaban arengas con que engañar a las gentes! ¡Qué simples eran las cosas de repente: un pedazo de pan y un garrote para enseñar a conducirse al perro! ¿Qué más era el hombre? ¿Cómo no lo había visto así antes? ¿Cómo no lo había descubierto con las simplicidad con que lo decía Popper? ¡Había que reconocer que el tipo era vivo, inteligente! ¡Había dominado la naturaleza poniéndola a su servicio y así también dominaba a los hombres para su enriquecimiento! Salvo que para el mar empleaba su puro ingenio y para los hombres las horcas y los fantoches de paja y de carne y hueso.

¡Y el oro del Páramo era el mismo de todas partes! Corrían detrás del metal amarillento porque daba de comer sin tener que trabajar, ni caer en la cárcel, compraba el amor y el poder. Había que ver cómo cambiaban antes y después de tenerlo en sus manos... ¿Acaso ese viejo avariento que roncaba a su lado no acababa de demostrárselo? ¡Apenas sus uñas habían agarrado un poco de oro, se había convertido en un pequeño Popper señalándole su mascada! Tanto al uno como al otro les había salvado la vida para que al día siguiente lo trataran como lo habían hecho.

De pronto dejó de criticar a los demás y su mudo lenguaje se volvió contra sí mismo: ¿Pero acaso él no andaba corriendo detrás del oro también? ¿Acaso en cierta ocasión no había baleado indios onas para cortarles las orejas y venderlas a los ganaderos que empezaban a instalarse en los coironales de Tierra del Fuego? ¡Había recibido una libra esterlina por cada par de orejas! Recordó la escena de la matanza en los faldeos, detrás de cabo Domingo. Y se había metido en la partida de cazadores de indios -lo recordaba como justificándose- porque alguien se lo propuso como una aventura, cuando estaba borracho en un quilombo de Río Grande. Si no, no lo hubiera hecho. Los onas con sus mujeres y niños regresaban de las playas del cabo, cargado con cormoranes y pingüinos, cuando los atacaron desde el peñón del cabo, a mansalva y sin misericordia. Habían caído cuatro o cinco bajo las balas de su carabina. Uno de ellos era una niña; recordaba su hermoso cuerpo desnudo, porque en la huida se le había caído la capa de guanaco; pero no así su rostro, que no se atrevió a mirar cuando le cortó las orejas... Nuevamente se maldijo por ese acto, el más negro de su vida, que ocultaba en el fondo de su conciencia y por el cual tuvo que emborracharse con las mismas libras esterlinas durante varios días.

Schaeffer dejó de roncar y un resoplido agitado siguió ritmando su tranquilo sueño. Novak dio vuelta la cara para tratar de ver la del viejo en obscuridad, pero sólo atisbó su sombra bajo la piedra. Así también habían quedado los indios onas después de aquella matanza, como pesadas sombras volcadas sobre el pasto coirón... Tembló otra vez al recordarlo, pero más tembló cuando se dio cuenta de que su mente seguía atisbando de soslayo la sombra de Schaeffer, que respiraba fatigosamente, dormido... ¿Acaso aquel viejo avaro no era más que una sombra de hombre? ¡Tal vez valía menos que un indio! Seguramente, porque los indios también eran seres humanos... Después de los indios veníamos nosotros, en los negros designios de Popper, había dicho en una ocasión Schaeffer. ¡El muy bribón le había racionado el oro igual que un Popper!... El oro que estaba allí, ahora, al alcance de su mano... Podía quitárselo. El viejo era más débil que él, y si oponía resistencia... ¡Bueno..., qué importaba si era menos que un ona, apenas una sombra respirando bajo las piedras!...

Novak buscó el cuchillo, que había puesto debajo de su cabecera, y lo desenvainó... No había para qué verle el rostro; mejor que cuando le cortó las orejas a



la muchacha india... Se quedó pensativo, con la cachea en la mano; era algo molesto tener que decidirse así fríamente... Había oído decir que los criminales natos asesinaban con angustia..., con una especie de vértigo inevitable... Pero él no; estaba sereno, tranquilo, no era un criminal nato. Levantó lentamente la cachea...

El viento volvió a sacudir la piel de lobo sobre las costillas de la ballena, como un parche de tambor desvencijado, y al salmodiar su silbido entre las piedras... Novak detuvo su puñal en lo alto; no veía al viejo, pero escuchaba su respiración, fatigosa de vez en cuando. No, no era una sombra, sino un ser vivo, dormido y suspirante, tal como lo encontrara esa noche, tendido en la pampa, cuando le encargara su vida al malvado Spiro... Su vida, que él salvara conduciéndolo en su propio caballo y taponéandole la herida... La vida que ahora le iba a quitar por culpa del oro... Fue bajando lentamente la cachea del cuchillo en las sombras, hasta tocar su frente; se dio con ella dos o tres veces, como golpeando sobre un dintel, llamando o buscando algo perdido... Luego se restregó los ojos en la oscuridad, como desprendiendo una telaraña para reconocer lo que acababa de encontrar, y a apartó el puñal de su frente, dando un tajo desmayado en las livianas sombras.

-¿Qué pasa? -profirió Schaeffer, incorporándose súbitamente, medio dormido, sobre un codo.

Novak permaneció en silencio y respiró como si durmiera. Sólo contestó el retumbar del cuero de lobo adosado a las costillas de la ballena, que era lo que había despertado a Schaeffer, y el viento con su eterna salmodia entre las oquedades pétreas. El viejo se dio otra media vuelta y continuó roncando como antes; al rato, otro ronquido se dejó oír a su lado, plácido y estirado, como el ruido que hacen los remos acompasados de los bogadores sobre una tersa superficie.

Ambos se levantaron temprano al día siguiente a ensillar sus cabalgaduras; se repartieron amigablemente los enseres y emprendieron el camino hacia las serranías de Carmen Sylva.

-Yo corto para el puerto -dijo Schaeffer, cuando estuvieron en la huella que conduce al sur, hacia Río Grande.

-Yo me voy para Río del oro -dijo Novak, señalando con amplio gesto del brazo hacia el noroeste, y agregó, mientras se estrechaban las manos en señal de despedida:- ¡Cuida la bolsa, es todo lo que tienes en la vida!

-Es la vida... -profirió Schaeffer con su parsimoniosa frialdad.

Ambos se separaron al tranco de sus caballos; a las ancas, ya no iba montada la derrota.

Poco antes de perderse en las primeras estribaciones de Carmen Sylva, Novak lanzó un fino y largo silbido de despedida. Schaeffer se dio media vuelta en la montura y con desgano levantó el brazo contestando el último saludo.

A tranco lento siguió por la huella del sur, que va ondulando entre suaves lomajes pampeanos. A poco andar, detuvo el caballo, y como un zorro viejo dio vuelta sólo la cabeza hacia las serranías. Así estuvo mirando atentamente un buen rato; después, tranqueando al amparo de los lomajes que lo ocultaban de cualquier mirada que pudiera venir de la sierra, volvió riendas en dirección del lugar que acababan de abandonar.

Cuando llegó a los alrededores del montículo de piedras donde se habían refugiado, oteó de nuevo hacia las serranías lejanas, y, desmontándose, escarbó en una pequeña cueva de cururo abandonada. Introdujo la mano y luego todo el brazo en

la galería cavada por el pequeño roedor, extrayendo en seguida una bolsa de cuero amarrada con tientos de guanaco. Desató la amarra, y sus ojos brillaron de placer al contemplar las pepas y escamas de oro que había en su interior.

-¡Tú mejor escondite será siempre la tierra! -murmuró. La volvió a atar, y cuidadosamente la guardó en el bolsillo de su chaquetón. Después, del otro bolsillo sacó otra bolsa de cuero, en todo semejante a la que acababa de desenterrar, la desató, miró su interior, y mientras la vaciaba al aire, extramó riendo, con una risa cascada:- ¡Puro fierrillo!

Y el viento esparció por la pampa esa sombra del oro, cuya sola presencia advierte su vecindad.

Se guardó la bolsa vacía, con la que había simulado ante Novak llevar el oro, montó y, acortando camino, siguió el tranco en busca de la huella que conducía a Río Grande.

Desde el sur, una gran bandada de caiquenes venía labrando el cielo con sus millares de alas pardas; cuando pasaban por sobre su cabeza, uno de ellos se desprendió de la bandada y como una hoja otoñal fue a caer sobre el pasto coirón. Al instante, surgieron cuatro o cinco caranchos que empezaron a revolotear en torno del agotado ganso salvaje. Dos o tres se dejaron caer de pique contra la vieja ave solitaria, que se defendió como pudo con sus grandes alas grises y su amarillo pico espatulado. Las aves de rapiña, a pesar de su número, retrocedieron acobardadas, mirando desde lejos a su víctima con fieros ojos enrojecidos. Luego volvieron todos juntos a la carga y entre una nubecilla de alas y picotazos ultimaron al viejo caiquén rezagado.

Schaeffer, que se había detenido a contemplar el desigual combate, se bajó del caballo y se dirigió en busca del caiquén muerto. Lo tomó y lo amarró por las patas a los tientos de su montura.

-¡Nadie sabe para quién trabaja! -díjoles a los caranchos, que lo miraban con rabia impotente, zaqueando con sus garras y sacudiendo sus enhiestos penachos.

Montó, y a trote cansino endilgó riendas hacia el sur, mientras que por el norte se perdía la bandada, como un pedazo de pampa fueguina que huyera de las cercanas crueldades invernales.

**FIN**